

SANTA JUANA DE AMERICA

de

ANDRES LIZARRAGA

Belen Rios

WAPA - Augui Ct
WRik - teyo Vega

① Viernes =
D traje antes de
ir a Pta de
Tierra -
Esto es en
Carroll Ann
Pda. 17
Santurce, P.R.

PERSONAJES

Mayor de la Plaza, JOAQUIN TABORGA = Freddy del Valle

Terrateniente, don ABELARDO ACUÑA - Luis Molina

INDALECIO SANDI, muchacho de 17 años = Raul Carbon

JUANA AZURDUY - ESTHER SANDOVAL

Hermana GERVASIA - ALICIA MOREDA

ROSALIA AZURDUY - Sharon Kiley

MANUEL ASENCIO PADILLA - DAVID ORTIZ

Un Sargento realista - Edwin Ortiz

Un Soldado realista - TALLY Molina

Abogado JUAN JOSE CASTELLI

~~RABONA~~ Hombre I - Belen Rios

Hombre II - RAMFIS Gonzalez

Guerrillero I - B. R.

Guerrillero II - RoG

Un Teniente

Auditor Villegas

Alférez Acuña - Luis MARIO Rivera

Hombre III - RAFAEL Fuentes

Hombre IV -

Sales de Pedrera

206 -

4:00 -

Hombre III

~~27/10/08~~
13/NOV/08

los 534
C.1

mas

mas

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

ACTO PRIMERO

(CUARTO MILITAR EN CHUQUISACA. TABORGA DORMITA, SENTADO EN UN SILLON. ENTRA DON ABELARDO ACUÑA Y TABORGA SE LEVANTA SOBRE SALTADO.)

- TABORGA: ¡Don Abelardo!... Apenas amanece y usted ya...
- ACUÑA: ¡Eh, eh!... Hoy no es un 25 de mayo cualquiera. Hoy ésta vieja ciudad de Chuquisaca tiene muchas cosas que festejar.
- TABORGA: ¿Y para qué estoy yo controlando todo? ¿O no tiene ya confianza en mí como Mayor de Plaza, don Abelardo?
- ACUÑA: La tengo... La tengo y no la tengo. Al amanecer, dijimos... ¡las campanas!
- TABORGA: ¡Sonaron las campanas! (PREOCUPADO.) ¿O no sonaron?
- ACUÑA: Sonaron. Pero ya no estaba la noche en el cielo, como estaba dispuesto. ¡Eso importaba! La noche que partía era España. Oscuridad y soledad cayendo por los cerros de occidente. Luz y campanas brotando por Oriente: ¡Nuestra libertad! ¡Eso importaba!
- TABORGA: ¿Y no fué así, don Abelardo?
- ACUÑA: ¡Fué así.. y no fué así! Estaba en la ventana de mi cuarto, Taborga. Y te juro por Dios que cuando tus benditas campanas empezaron...
- TABORGA: ¿Las mías?
- ACUÑA: ¡Las del templo, bueno!... Pero que tú debías vigilar. Cuando tus benditas campanas empezaron, digo, la noche ya no estaba en el cielo. Y dime, ahora... ¿qué viene ahora?
- TABORGA: Cuando el sol toque la punta de los cerros... ¡los cañones! Una compañía lista, espera junto al Tambo Viejo. ¡La inspeccioné!
- ACUÑA: ¡Ajá!... ¿Y no se demora el sol ésta mañana?
- TABORGA: ¡No se demora!... Es su prisa, don Abelardo, es su prisa...
- ACUÑA: ¡Bah!... no tengo prisa. Radiante, sí. ¡Pero apurado, nunca! Prisa sienten los que llevan las manos vacías. ¡Los ambiciosos! Es mala la ambición, Taborga. Y tú eres algo ambicioso, ¿eh?
- TABORGA: ¡Don Abelardo!... Nada más que un deseo de progreso... ¿Está mal?
- ACUÑA: ¡Eh!... Para ustedes hicimos ésta gesta bendita. No, no está mal. Dime... los palcos frente al templo... ¿están ornamentados?
- TABORGA: Y cuando las muchachas chuquisaqueñas luzcan en ellos sus ojos, sus sonrisas, sus vestidos, lo estarán más. Hay, claro, banderas, escudos, laureles, olivos.
- ACUÑA: ¡Ay, ay, cuando pase frente a ellos mi nieto con su flamante uniforme de alférez!

- TABORGA: ¡Y su hijo, don Abelardo!
- ACUÑA: ¡Bah!... Mi hijo es pan duro, como yo. ¡Es coronel! Y a los coroneles importa más otras cosas que las caras bonitas. Pero mi nieto... ¡Ah, mi nieto!... No comprendes, Taborga. Cuando en 1809... hoy justamente 53 años, comenzó todo ésto, digo, no imaginé la felicidad que me esperaba. Porque... mira, Mayor de Plaza Joaquín Taborga, a tí hoy resulta muy fácil decir "somos libres de España"... Pero cuando todo empezó en aquel 25 de mayo de 1809, no era fácil, no. ¡No era fácil! Y, hoy, mis campos en paz... mi hijo coronel... y en una de éstas,... ¡presidente! ¡Mi nieto alférez flamante!... ¡Y presidente alguna vez!... ¿Crees que chocheo?...
- TABORGA: No, don Abelardo.
- ACUÑA: No, nochocheo... ¡Pero demonios que demora el sol ésta mañana!...
- TABORGA: No ve la punta de los cerros ya más...
- ACUÑA: Sí, ya más... Y luego, ¿qué sigue luego?
- TABORGA: Bueno... los cañones al salir el sol. Después las tropas formarán en la plaza. Misa en acción de gracias, más tarde. Discurso del Gobernador y de usted. El desfile militar...
- ACUÑA: ¡Al mando de mi hijo!
- TABORGA: Al mando de su hijo, claro. Almuerzo en la gobernación.
- ACUÑA: Taborga, éste tiene que ser el 25 de mayo más rutilante de mi vida.
- TABORGA: Lo será, don Abelardo, lo será.
- ACUÑA: Este puede ser mi último 25 de mayo, pienso.
- TABORGA: ¡Por Dios, don Abelardo!, ¿qué dice usted?
- ACUÑA: Estoy viejo, ésto digo. Tengo más años que la libertad de la patria. Eso digo.
- (ENTRA CORRIENDO INDALECIO SANDI.)
- INDALECIO: ¡Señor Mayor de Plaza!... Señor Mayor de Plaza!... ¡A usted lo busco, señor Mayor de Plaza!
- TABORGA: No grites así, muchacho. ¿Qué quieres?
- INDALECIO: ¡Mi bisabuela ha muerto, señor Mayor de Plaza!... ¡Mi bisabuela ha muerto!
- TABORGA: ¡Que Dios la asista!... ¿Pero qué diablos tengo que ver yo con tu bisabuela?
- INDALECIO: ¡Mi bisabuela, señor!... ¡Mi bisabuela!...
- ACUÑA: ¿Qué quiere éste?
- TABORGA: Que ha muerto su bisabuela.
- ACUÑA: ¿Y qué?... ¿Pensabas que viviría toda la vida? Oye, Taborga, la punta de los cerros están más claras... ¿O yo veo mal?

- INDALECIO: Señor, mi bisabuela!...
- ACUÑA: ¡Cállate, demonio!... ¿O veo mal?
- TABORGA: Es el sol, don Abelardo, que se acerca. No, no ve mal.
- ACUÑA: Pues sigue controlando todo el programa de festejos. Mi nieto debe estar probándose ya el uniforme. ¡Que todo sea puntual!... (SALIENDO)... Quiero ser el primero en ver a mi nieto con uniforme. Quiero ser el primero.
- (SALE ACUÑA)
- INDALECIO: Hace tres horas murió mi bisabuela, señor Mayor de Plaza.
- TABORGA: ¡Ya lo dijiste! Y lo lamento mucho. ¿Qué otra cosa puedo hacer yo, que lamentarlo mucho?
- INDALECIO: Estoy solo con ella.
- TABORGA: Pues también lo lamento. Juro por Dios que lo lamento.
- INDALECIO: ¿Y usted, señor Mayor de Plaza... no hará nada?
- TABORGA: ¿Hacer?... ¿Qué puedo hacer?... Si aún no estuviera muerta... mandaba un médico... ¡Pero está muerta!... ¡Tú dices que está muerta!...
- INDALECIO: Sí, pero digo... ¿no habrá alguna ceremonia, siquiera?
- TABORGA: ¿Ceremonia?
- INDALECIO: Ceremonia... o algo así. Cuando algún oficial muere se hacen ceremonias, ¿no?... Y mi bisabuela, ¿no era acaso teniente coronel?
- TABORGA: Sí, teniente coronel, claro... No me faltaba ahora nada más que tú y... ¡Esto es un fastidio!... ¿De dónde puedo sacar hoy, 25 de mayo, soldados para una ceremonia?... Entiéndeme, muchacho... ¡estamos festejando el 25 de mayo!...
- INDALECIO: Pero mi bisabuela era teniente coronel, ¿no?
- TABORGA: ¡Y no lo niego!... ¡Y yo quería a tu abuela... o bisabuela... o lo que fuera!... ¡Pero ya está todo programado para hoy! ¿De dónde saco yo gente para ceremonias especiales en éste momento?... ¿O no has oído lo que disponía don Abelardo Acuña y en persona?... ¡Oh! ¡Mira, muchacho!... ¡El sol!... ¡El sol!... (COMENZANDO EL MUTIS CORRIENDO) ¡Fuego a los cañones!... ¡Fuego a los cañones!...
- (SALE CORRIENDO. SE OYEN DISPAROS DE CAÑONES.)
- INDALECIO: Mi bisabuela era teniente coronel... Y yo sé que era teniente coronel... El señor Mayor de Plaza Joaquín Taborga, también lo sabe. Lo que yo no comprendo es porqué mi bisabuela está muerta y sola en un rancho de adobe... y las campanas y los cañones festejan las victorias... y ni un soldado, ni siquiera un soldado, me ayuda a llevar el cuerpo muerto de mi teniente coronel al cementerio. (GRITA CORRIENDO POR LA ESCENA.) ¡Mi bisabuela era teniente coronel y está muerta!... (SE OYE UNA BANDA MILITAR QUE AVANZA. INDALECIO CAMINA HACIA PROSCENIO. LAS LUCES DESCENDEN CON LA MUSICA QUE AVANZA. SOLO QUEDA UN FOCO SOBRE INDALECIO.) Y está muerta... Y cuando todo fué

un grito y un andar y andar entre mucha gente que gritaba igual que uno mismo... de pronto morir solo... solo como yo estoy ahora... solo, digo, sin nadie... (PAUSA) La veo moverse con su viejo vestido gris... ágil y ochenta años... ágil y erguida siempre... con su viejo vestido gris... y contando sus cosas... cosas que yo iba viviendo... De cuando era muchacha como yo... cuando la mandaron al convento de Santa Teresa... ¡El convento!... "Los patios estaban siempre brillantes"... decía mi bisabuela... "Y cuando al atardecer las monjitas cantaban a la virgen... ¡era tan lindo oirlas cantar... era tan lindo!"...

(LA LUZ DESCENDE LENTAMENTE. SALE INDALECIO. SE OYE UN CORO RELIGIOSO. LUZ SOBRE UN CUARTO DEL CONVENTO. DE RODILLAS? JUANA AZURDUY LIMPIA EL PISO. ENTRA LA HERMANA GERVASIA.)

- GERVASIA: Está bien ya. Deja de limpiar. (JUANA NO CONTESTA.) ¡Juana!... dije que puedes dejar de limpiar.
- JUANA: No estoy cansada. (GERVASIA LE QUITA EL CEPILLO) ¡Dáme! ¡Dáme! ¡Tengo que seguir!
- GERVASIA: Juana... no te comprendo. Y créeme que me gustaría comprenderte.
- JUANA: ¡No hay nada que comprender!
- GERVASIA: Juana... estás enojada conmigo. Y no debes estar enojada conmigo.
- JUANA: No lo estoy.
- GERVASIA: ¡Lo estás! ¡Y hosca!... Y... y... me das la espalda, y...
- JUANA: Hermana Gervasia... tengo que limpiar ésto, ¿no? Como castigo tengo que limpiar ésto, ¿no? ¡Dáme el cepillo!
- GERVASIA: Me gustaría entenderte. Es decir... pensándolo bien, te entiendo. Pero no puedo entender lo que entiendo. Juana... ¿por qué contestaste así al padre Roldán?
- JUANA: ¿Mentí?
- GERVASIA: ¡Yo pregunto por qué contestaste así!
- JUANA: ¡Y yo pregunto si mentí! Y como usted no contesta, contesto yo: "¡No mentiste, Juana Azurduy, no mentiste!"
- GERVASIA: Juana, no levantes la voz.
- JUANA: "¡No mentiste, Juana Azurduy, no mentiste! ¡Y porque no mentiste te han castigado!" ¡Está claro! ¡Dáme el cepillo!
- GERVASIA: Te pedí, Juana, que no levantes la voz.
- JUANA: ¡Y yo le pedí el cepillo! Y si no me lo dá, me quejaré a la superiora y al padre Roldán. Diré que usted ha trabado el cumplimiento de la penitencia". Así diré: "La hermana Gervasia traba el cumplimiento de la penitencia." Y la penitencia no debe ser trabada. ¡Está muy claro! ¡Hermana... déme el cepillo!...
- GERVASIA: ¡Dura!... ¡Dura tu cabeza!... ¡Toma el cepillo!...
- (JUANA LO TOMA. SIGUE LIMPIANDO CON FRENESI. SE DETIENE Y LA

- MIRA SONRIENTE.)
- JUANA: Hermanita Gervasia... ¿está enojada por mis gritos?
- GERVASIA: Estoy preocupada por tu comportamiento.
- JUANA: ¡Le pregunté por mis gritos! No por mi comportamiento. ¡No tengo nada que decir de mi comportamiento! Y nadie tiene nada que decir. Rezo, ¿no?... Limpio, ¿no? ¿Qué tiene de malo, entonces, mi comportamiento?
- GERVASIA: Esas cosas que ... ¡Bueno!, como la que dijiste ésta mañana al padre Roldán, por ejemplo.
- JUANA: (DEJANDO DE LIMPIAR.) Si la lengua está cerca de los ojos, es para que la lengua diga de inmediato aquello que los ojos ven.
- GERVASIA: Y si Dios nos puso los labios, debemos aprender a cerrarlos, me parece.
- JUANA: ¡O a abrirlos!... ¡Para tenerla cerrada no está la boca! ¡O a abrirlos!
- GERVASIA: ¡Cuando convenga, Juana!
- JUANA: ¡Es lo que no puedo aprender! (CONTINUA LIMPIANDO CON ENOJO. VUELVE A DETENERSE Y A MIRAR A LA HERMANA GERVASIA CON SIMPATIA.) Está bien, hermanita... Está bien. Nosotros no podemos enojarnos. Usted es buena conmigo... Siempre es buena. ¿Qué es lo que no entiende de mí?
- GERVASIA: ¿El convento... no te gusta?
- JUANA: Bueno... no puedo decir "no me gusta". Pero lo malo es que... tampoco puedo decir "me gusta"...
- GERVASIA: Y tendrás que decidirlo. ¡Tomar ó no tomar los hábitos! Hace seis meses que estás aquí. No eres una niña. ¡Tendrías que decidir!
- JUANA: Decidir, sí... (PAUSA) A veces pienso que está decidido. ¡Y a veces... que no está decidido! Hermana Gervasia, ¿usted nunca anduvo a caballo? ¡No me mire así! ¡No! Nunca anduvo a caballo. Se nota. Dicen que los marineros caminan de una manera especial. ¡Bueno!... las mujeres que andan a caballo, también caminan de una manera especial. Será por los huesos... la cadera... ¡qué sé yo! ¡Pobre mi padre!... ¡Usted tendría que tenerle lástima!...
- GERVASIA: Si no te encarrilas, le tendré lástima.
- JUANA: ¡Encarrilar, quiere decir... tomar los hábitos!
- GERVASIA: ¡Efectivamente!
- JUANA: "¡Efectivamente!"... ¡Cómo se equivoca la gente!.. No por éso debe tenerle lástima.. ¡Fíjese!... Mi padre, como buen hombre de campo que es, deseaba hijos varones. Pero como Dios no es hombre de campo no lo entendió. Y le dió "hijas jujeres" Y usted me mira, hermanita, y piensa: "Esta Juana está loca. ¿De qué me habla ahora?"... Y resulta de que yo estoy tratando de que usted entienda lo que no entiende, aunque lo entiende según usted.
- GERVASIA: ¡Hablo de hábitos... y tú hablas de caballerías.. y de marineros!... ¡Y de mujeres que caminan Dios sabe como!... ¡Y quieres que entienda!

- JUANA: ¡Es más claro que el agua!... ¡Que me criaron como varón! ¡Eso digo! (SE SIENTA A AHORCAJADAS SOBRE UNA SILLA.) ¡Caballos!... ¡Galopes!... ¡Recoger cosecha!... ¡Arriar hacienda!... ¡Trote, trote, trote, mula!... (SE DETIENE. LA MIRA.) ¿A usted no le gusta que esté sentada, así, ¿no es cierto?
- GERVASIA: Sabes que no.
- JUANA: ¡Y ésta es la cuestión! Mi padre me crió así diecisiete años. Y ahora, de pronto, me quiere monja. Y yo no puedo ser monja y sentarme así. Y me siento así porque... ¡bueno! ya tengo los huesos.. la cadera.. ¡qué sé yo! ¡Y no porque ésto me guste o no me guste! No sé como expresarme... ¡Vea!... Mi padre me quiere monja. ¿Me oye? Me "quiere". Pero me necesita hombre. ¿Qué le parece? Y dígame, ¿qué es lo más importante? ¿Lo que se quiere o lo que se necesita?
- GERVASIA: ¿Sabes que dices algo así como herejías?
- JUANA: ¡Herejías!... ¡Yono digo que quiero ser hombre! Porque... usted se equivoca. No es al sexo lo que estoy nombrando. Estoy nombrando a esa fuerza que tienen ellow, para hacer de todo. ¡De todo!
- GERVASIA: Y no crees, Juana, que si Dios nos hizo a las mujeres así y a los hombres así, es porque...
- JUANA: (LA CORTA) ¡Dios es Dios, hermanita!... Y yo creo en él. Porque usted me conoce ¿eh?... Usted sabe que si yo no creyera, no estaría acá. Pero no se trata de creer o no creer. Se trata de que los campos de mi padre dan trabajo, y que mi padre es anciano. Entonces pienso: ¿dónde soy más necesaria, aquí de monja o allá de a caballo?
- GERVASIA: Pensando así, no puedes quedarte en ésta casa, Juana.
- JUANA: ¿Me echa?
- GERVASIA: No, por supuesto que no. Pero no puedes...
- JUANA: (LA CORTA.) ¡Qué lástima!... Era más fácil llegar a casa y decir "me han echado". ¡Era más fácil!
- GERVASIA: ¡Eres inaguantable, Juana!... ¡Eres inaguantable!
- (SALE GERVASIA)
- JUANA: ¡Era más fácil, claro que sí... era más fácil!.. (SE SIENTA A HORCAJADAS SOBRE LA SILLA.) ¡Ah!, si pudiera ir hacia el padre Roldán y decirle: "Tome su cepillo. Me voy del convento"... Me lanzaría una de esas miradas que lanza y ... Pero no es malo, ¿eh? no es malo. ¡Claro!... yo lo hago enojar. ¡Pero yo no lo quiero hacer enojar! Le hago preguntas y él se enoja. Le digo - como ésta mañana - "padre Roldán, escúcheme padre Roldán, ¿por qué la iglesia defiende a los poderosos que nada necesitan y no defiende a los pobres que necesitan todo?"... El padre Roldán me lanza una de esas miradas que lanza... y me manda a limpiar las galerías y los claustros. Pero no me responde. ¡Y lo que yo precisaba era una respuesta! (VA HACIA EL PROSCENIO. LAS LUCES DESCENDEN EN LA ESCENA QUEDANDO UN SOLO FOCO SOBRE JUANA) El convento era lindo Digo "era", porque un día lo dejé. Pero era lindo... los patios

siempre brillantes... las sábanas blancas... y cuando al atardecer las monjitas cantaban a Nuestra Señora... ¡era tan lindo!... Parecían vírgenes!... Pero yo pensaba, si la misión que Dios nos dió en la tierra - entre otras, claro - es tener hijos... ¿por qué debemos parecernos a la virgen? ¡Ser vírgenes!... No entiendo... Además, ¿yo allá qué hacía?... Oración, meditación, contemplación... ¿Y acción?... Nada más que limpieza!... ¿Y todo lo que Dios puso bajo mis polleras?... ¿Y todo lo que puso bajo mi blusa?... ¿Y todo lo que puso bamo mis cabellos?... ¿Y mis manos?... ¿Y mis brazos?... Un día... un día mi padre murió... Y prácticamente había una sola persona en la familia que podía hacerse cargo de los campos: Yo.

- (APAGON. SALE JUANA. LUZ A UN PATIO DE LA CASA DE CAMPO DE LOS AZURDUY. EN ESCENA, ROSALIA AZURDUY Y ABELARDO ACUÑA, JOVEN.)
- ACUÑA: Vi el zaino de Juana en el pastizal de la entrada y pensé que estaría. "Y bueno - me dije - ¿veamos qué dice Juana?".
- ROSALIA: Hoy ensilló el tobiano. El zaino anda mal de una pata.
- ACUÑA: ¿Y qué dice Juana?
- ROSALIA: Usted sabe que ella no me dice mucho. Anda siempre haciendo cosas.
- ACUÑA: ¿Pero ha dicho algo sobre mi propuesta?... Tú debes saberlo.
- ROSALIA: Usted sabe que ella me tiene a mí como a una hija. No como a una socia. Ella dice "compro ésto, vendiendo aquello...". Nunca aclara por qué. Y como lo hace bien...
- ACUÑA: Sin embargo... tú ya eres mujer. Y nada despreciable, por cierto. Y que mereces más atención, nadie lo niega.
- ROSALIA: ¿Más atención?... No lo entiendo, señor Acuña. No puedo quejarme, me parece. ¡Nuestro Señor se ha llevado a mi padre y a mi madre... y me ha dejado una hermana que es mi padre y mi madre! ¿Es podo eso?
- ACUÑA: Mira... yo no diría es poco o es mucho. Pero pienso... tú sabes que pienso todo. que a tu edad necesitas algo más que un padre o una madre. ¿O vas a decirme que no te gustaría tener un hombre?
- ROSALIA: ¿Un marido, quiere decir?
- ACUÑA: Bueno,... yo dije un hombre. Un marido también es un hombre, claro. Pero aquí, en el campo, a veces... ¡bueno!... no siempre es posible casarse.
- ROSALIA: ¡Por Dios, señor Acuña... ¡Si lo oyese el padre Roldán!
- ACUÑA: ¡El padre Roldán!... Me parece muy bien lo que dice el padre Roldán. Y aún que lo repitas. Pero ya no eres tan criatura. Y cuando uno no es tan criatura... y cuando uno no es nada fea... y cuando uno...
- ROSALIA: (LO CORTA.) ¡Y cuando uno es casado, como usted,

- no debe decir esas cosas a las muchachas!
- ACUÑA: ¡Casado... casado!... ¡Acaso por eso no puedo llegar... admirarte!... (ACERCANDOSE A ELLA.) Decir que te admiro y...
- ROSALIA: (APARTANDOSE RAPIDAMENTE.) ¿Como se encuentra su hijo, señor Acuña? ¿La semana pasada dijo usted que tenía mucha tos?
- ACUÑA: Si. ¡Tenía tos!... Pero hablemos de nosotros, Rosalía.
- ROSALIA: Recé un rosario para que se curara. No puedo ver los chicos enfermos.
- ACUÑA: ¡Está bien, Rosalía... Se le curó la tos!.. Fué tu rosario. Pero escucha...
- ROSALIA: ¡No fué mi rosario!... Fué nuestra Señora que me escuchó.
- ACUÑA: ¿No podemos hablar, Rosalía?
- ROSALIA: ¿No estamos hablando, señor Acuña?
- ACUÑA: Nos hemos ido del tema, me parece...
- ROSALIA: ¿Nos hemos ido?... ¡Oh, sí!... tiene razón, sí... Decía usted que había visto el zaino de Juana en el pastizal de la entrada y por eso pensó que ella estaría en casa. Bueno... el caso es que no está... Pero no tardará mucho en volver.
- ACUÑA: ¿Está al caer?
- ROSALIA: Como quien dice, sí.
- ACUÑA: ¡Ah!... ¿Y tú, entonces, quieres hablar de otras cosas, porque está al caer?
- ROSALIA: Quiero hablar de otras cosas, porque el padre Roldán me enseñó que hay cosas sobre las cuales las muchachas no debemos hablar ni saber. ¿Así que se le curó la tos a su hijo?
- ACUÑA: ¡Se le curó la tos!
- ROSALIA: ¿Y come bien, ahora?
- ACUÑA: ¡Come bien!
- ROSALIA: ¿Y recibirá otra vez las lecciones del padre Liborio?
- ACUÑA: ¡Otra vez, sí, otra vez!
- ROSALIA: ¡Es un chico encantador!
- (ENTRA JUANA. TRAE EL MISMO VESTIDO GRIS DE LA ESCENA ANTERIOR MAS UN PEQUEÑO PONCHO SOBRE LOS HOMBROS. EMPUÑA UN REBENQUE.)
- JUANA: "Un chico encantador"... Debes estar hablando de tu hijo, Abelardo Acuña.
- ACUÑA: De mi hijo, sí, de mi hijo.
- JUANA: Y te juro por Dios, que no me gusta nada. Lo crias para que salga tan zopenco como tú mismo. El no tiene la culpa, claro. ¿A qué has venido?
- ACUÑA: Bueno... por lo que te propuse.

- JUANA: Mal momento para negocios... ¡Ando mal!... ¿Sabes lo de Moreno?
- ACUÑA: Anda en dificultades... dicen.
- JUANA: "¡Dicen!... ¿No ves que solamente te preocupas por tus narices?... ¡Que si tienen moco, que si no tienen moco!... ¡Pero las narices de los otros no importan! Le digo hace un tiempo: "Moreno... le van a sacar los campos o buena parte de ellos". Me dice "Juana, los campos son míos, usted lo sabe". Le digo "Moreno, lo sé. Pero usted es criollo y ella es española. Y le va a quitar los campos". Me dice "Ella es una cualquiera". Le digo "Moreno, no es una cualquiera. Es una puta. Pero es española. Y además, es la amante del capitán genera. Y le va a sacar los campos. Usted necesita testigos. Yo puedo ser su testigo". Me dice "Gracias, Juana, pero no necesito testigos".
¡Gracias, Juana!... ¿Sabes qué ha sucedido, Abelardito?
- ACUÑA: Le quitaron los campos.
- JUANA: ¡Ah, eso lo sabes!...
- ACUÑA: Hija, lo supuse...
- JUANA: ¡Claro!... ¡Y supones muy bien!... Supones que para el virrey y su cría, entre un tipo como Moreno, que tiene algún campito porque trabajó siempre... ¡pero es criollo!... Y una ... ¡bueno! una meretriz, para no asustar a ésta beata... (A LA HERMANA.)... Una meretriz, hermana, es una mujer. Nunca se lo digas al padre Roldán. (A ACUÑA.) Y una meretriz, digo que trabajó siempre, sí, pero no en el campo... vale más la meretriz. ¿Tomaste algo?
- ACUÑA: Recién llegaba.
- JUANA: (A LA HERMANA.) ¿Cómo no le serviste algún aguardiente? Es delicado, pero toma aguardiente. (TOMA UNA BOTELLA. LE SIRVE.) ¡Pero no me revienta eso! ¡Mex revienta Moreno! ¡Verlo tan... tan... ¡tan que sé yo! ¿El no sabía que aquí vale más una... (MIRA A LA HERMANA.) bueno... una española cualquiera que un criollo honrado? ¡Salgo de testigo, le digo! ¡Y él, no!
- ACUÑA: ¿A qué te aflijas, entonces? ¡Que se jorobe!
- JUANA: ¡Abelardo Acuña!... Serías mal médico en la peste. Alejarías a tu hijo del apestado de la otra cuadra. Pero la peste llegaría a tu cuadra. Encerrarías a tu hijo bajo siete llaves. Pero la peste entraría cabalgando en el maíz o en el agua. Y tu hijo - perdóname Abelardo Acuña - tu hijo reventaría.
- ACUÑA: Puedo decirte, querida Juana... ¡que la peste me lleve si te entiendo!
- JUANA: Quiero decirte, Abelardo Acuña, que no debemos esperar a que la peste nos muerda las narices. Que hay que salir cuando la peste está aún lejos de nosotros. Y atacarla con un garrote. Y Moreno... fué muy estúpido el pobredito. Y lo peor es que no puedo decir "lo tiene bien merecido". Está bien. ¿Qué quieres? ¿A qué has venido?
- ACUÑA: Ya lo dije, Juana. Por lo que te propuse.
- JUANA: ¡Claro!, tú propones, y luego te sientas a esperar

la respuesta. Dicho de otra forma: tienes tiempo Pero a mí me proponen cosas, y yo tengo que arriar animales... cosechar... - ahora estamos emparrando detrás del Cerro Chico, buenos pastos, ¿eh?, buenos pastos - y hacer mil cosas. Y ni tiempo para tragar una hostia.

- ACUÑA: ¿Quieres decir que no has pensado?
- JUANA: He pensado. Pero como quien dice, no he pensado en el árbol, sino en la raíz del árbol. (A LA HERMANA.) ¿En qué te has quedado pensando?
- ROSALIA: En Moreno.
- JUANA: ¡No se habla más de eso ya!
- ROSALIA: Pienso en las hijas de Moreno que iban todos los domingos a misa... En el buen coche que trajeron de Lima... en...
- JUANA: (LA CORTA.) ¡En sus buenas camisas!
- ROSALIA: Sí. También en sus ropas. Usan ropas buenas.
- JUANA: Pero en la porquería que le hicieron a Moreno, en la porquería en sí, no piensas. No diré ya en cómo evitar que se repita esa porquería. ¡No! Eso escapa a tu misión en la vida. Pensar en trapos... en coches... ¡Y tú no te rías, Abelardo Acuña!... ¡Tú también quieres que yo escape a mi misión en la vida!
- ACUÑA: Eres difícil de seguir, Juana. De raíces de árboles, pasas a hablar de misiones... no sé qué misiones, en la vida.
- JUANA: ¿Quieres que te confiese una cosa? Cada día me cuesta más, tomar a los hombres en serio. Y más aún, claro, cuando los hombres son como tú. Bien peinados... la chaquetilla sin una pequeña mancha en la pechera... las botas sin asomo de barro...
- ACUÑA: ¡Y las manos sin callos!... Lo dijiste la semana pasada.
- JUANA: (MIRA A ACUÑA. LUEGO OBSERVA SUS MANOS.) En el convento no tenían callos las pobres. Ahora me han salido dos en ésta y uno en ésta. (PAUSA) Voy a darte respuesta. Espera. (A LA HERMANA.) Abelardo nos quiere ayudar.
- ROSALIA: ¿Ayudar?
- JUANA: Él dice así: Como nosotros pagamos mucho impuesto al gobierno, y él no paga ningún impuesto al gobierno, propone que le vendamos nuestra cosecha a él, y él, a su vez, la vende. (A ACUÑA.) ¿Eso, eso?
- ACUÑA: Eso es.
- ROSALIA: Me parece muy bien.
- JUANA: ¡Claro! Tú miras el árbol y no piensas en la raíz. Digo yo, Abelardito, digo yo,,, ¿por qué tú prácticamente yo pagas impuesto al gobierno, y a mí el gobierno me saca la mitad de lo que produzco en impuestos?
- ACUÑA: Bueno...
- JUANA: La mitad de lo que produzco es un decir. Porque la mitad de mis callos no se lleva, ¿eh? Se lleva la mitad de lo que producen esos callos!

- ACUÑA: Bueno, Juana, tú sabes que yo sólo meto en mis cosas. Pero aún así... tú eres nativa y yo soy español.
- JUANA: ¡Epa... epa!... ¡Tú y yo nacimos aquí mismo y a tres días de diferencia!...
- ACUÑA: Fuí criado español. Mis padres eran españoles.
- JUANA: Y mis padres eran... eran mis padres. Sí tienes razón. No eran españoles.
- ACUÑA: Mira, Juana, yo tengo que pensar en mi hijo. Como tú debes pensar en tu hermana. O en tí misma. Si hay una ley, no pensemos endiscutirla... Seamos prácticos. Veamos como podemos arreglarnos. Tú me vendes la cosecha, yo a su vez la vendo como mía, y ésa mitad que iba al gobierno, la repartimos entre tú y yo.
- JUANA: ¡Negocio redondo!
- ACUÑA: ¿Verdad que sí?
- ROSALIA: Es usted muy bondadoso, señor Acuña.
- JUANA: ¿Nunca sentiste ganas de rebuznar, hermana? Acuña,.... Abelardito Acuña, ésto va muy mal.
- ACUÑA: Frente a una realidad de la vida, ¿qué podemos hacer, Juana?
- JUANA: Eso es lo malo... no sé qué podemos hacer. Pero ésto va mal, Abelardo Acuña, ésto va mal. Y si para nosotros que tenemos algunas pequeñas tierras, ésto va mal... ¿cómo les irá a ésa pobre gente que no tiene nada?
- ACUÑA: Juana... yo pienso en mi hijo. Lo sabes bien. No me metas en otras cosas.
- JUANA: Ajá, tu hijo. Si yo te dijera todo lo que me cuesta ésta cosecha, para tener que dársela luego a ésos godos panzones. Y las cosas en mi campo van mal. Repito que van mal. Trabajamos como bestias y van mal. Tus campos sí están florecientes, Abelardo Acuña.
- ACUÑA: Mal padría quejarme, sí. Pero no creas, ¿eh?, me esperan grandes gastos. Pronto enviaré a mi hijo a España, para que estudie.
- JUANA: ¿Por qué no lo envías a la universidad de aquí?
- ACUÑA: Quiero que sea militar.
- JUANA: ¡Ah!... Abelardo, tú debes tener miedo de noche por los caminos, ¿sí?
- ACUÑA: Bueno... no así como dices, pero... la noche no es buena, claro, por éstos caminos.
- JUANA: La joven doncella, y la bolsa repleta, en lo oscuro no se meta. La noche debe estar galopando ya por Cerro Chico. Mejor que te vayas.
- ACUÑA: ¿Y cuándo darás respuesta?
- JUANA: Mal puedo decirte ésta noche... mal puedo decirte mañana. Pero habrá respuesta, claro. Cumplir en los negocios, así digo.
- ACUÑA: Hasta mañana, Juana.
- JUANA: Que Dios te guíe, hermano. (SALE ACUÑA) Quiere

que sea militar. ¿Ves?... Nosotros criamos un ganso con el destino determinado que llene la olla. Y éstos crían un hijo con el destino determinado que nos gobierne. Y nos va a gobernar, ¿eh?

ROSALIA: ¿Quién no busca el bien para un hijo, Juana?

JUANA: Rebuznaste, Hermana. Rebuznaste otra vez. Este no busca sólo el bien para su hijo. Este quiere tener un alto militar en su familia, que sostenga un gobierno que a él no cobra impuesto y a mi sí cobra impuestos. Rosalía... no pienses más. Fíjate si todas las ventanas están cerradas. Ha comenzado a soplar el viento del sur y se van a golpear. Además... ya es casi de noche, hermana.

ROSALIA: (SALIENDO) Y casi no quedan velas.

JUANA: Sí, está muy oscuro ésto. Muy oscuro.

(SALE ROSALIA. LA LUZ DESCIEENDE EN LA ESCENA. JUANA VA HACIA PROSCENIO. UN FOCO SUAVE SOBRE ELLA.)

JUANA: Y no es bueno que dos mujeres jóvenes vivan así, solas. Por mí no, claro. Por ella. Es el ideal de mujeres que quieren los hombres. Pensar no piensa. Hablar no habla. Arriar... ¿Qué digo arriar... ¡ni una cabra!... No se mete en negocios. No sale sino a misa. (HABLANDO HACIA ADENTRO.) ¡Fíjate en las ventanas de la galería trasera!... ¡Hoy estaban abiertas!... (PASA.) Para el hogar sirve. ¡Y cómo!... ¡Bueno!, yo creía en esos días que a mí los hombres no me interesaban. ¡Por qué los miraba... y no me interesaban!... Mi única amiga, por así decirlo, era doña Eugenia. ¡La de Padilla!... Del campo vecino, venía a veces... Hablábamos... ¡En fin!... Una vez empezó a contarme cosas sobre su hijo. "¡Je! - pensaba yo - vieja casamentera"... Que su hijo es esto... que es lo otro... que tiene amigos en la universidad... Y yo pensaba "debe ser uno de esos que jamás tienen una mancha en la pechera... ni asomo de barro en las botas"... (SONRÍE) Me equivoqué. Cuando lo vi por primera vez... descubrí que yo era mujer. Yo estaba aquí... tranzando un rebenque. De pronto siento a mi espalda una voz que decía "Tengo que molestarla, Juana Azurduy".

(LAS LUCES ASCIENDEN VIOLENTAMENTE SOBRE LA ESCENA. ESTA MANUEL ASCENCIO PADILLA.)

MANUEL: Tengo que molestarla, Juana Azurduy.

JUANA: Usted dirá, señor.

MANUEL: Soy Manuel Ascencio Padilla, el hijo de doña Eugenia.

JUANA: (ADMIRADA) ¡Ah!...

MANUEL: Mi madre me dijo...

JUANA: (LO CORTA) ¡Sí! Su madre me dijo, sí... Pase Manuel Ascencio Padilla. Esta es su casa.

MANUEL: Gracias. Mi madre me dijo que usted...

JUANA: También su madre me dijo que usted...

MANUEL: Bueno... pero yo creía que mi madre exageraba...

JUANA: Yo también creía que su madre exageraba...

- MANUEL: "¿La Juana Azurduy, una mujer - pensaba yo - va a tener ese campo como lo tiene?"... Lo habia visto pasando por el camino, ¿sabe?..." La Juana, sí, la Juana - me había dicho mi madre, y yo creía que exageraba.
- JUANA: (QUE SE ACERCA A EL.) Tiene una mancha en la pechera, Manuel Ascencio.
- MANUEL: ¿Eh?... ¡Ah, sí!... Ayer en el boliche. ¡O el otro día!... Como decía...
- JUANA: (MIRANDOLE LAS BOTAS EMBARRADAS.) ¿Y hay mucho barro en su campo, Manuel Ascencio?
- MANUEL: ¡Y en el suyo!... ¡Ayer llovió como el demonio!
- JUANA: ¡Me gustan las botas embarradas, Manuel Ascencio!.. Yo también creí que su madre exageraba, sí.
- MANUEL: En las parcelas de la curva del camino, sus maizales están ralos, Juana Azurduy.
- JUANA: Pero más adentro están verdes. Son como un corazón que crece, Manuel Ascencio.
- MANUEL: Nosotros casi no hemos plantado éste año. ¿Para qué?... ¿Para que se lo lleven los godos?
- JUANA: Eso digo. La vida no tendría que ser así. Pero es así, Toma aguardiente, claro.
- MANUEL: Tomo, claro, Juana Azurduy. Pero... ¡no me convenzo!... "Si a éste campo lo tiene así ella - pensaba -, ella debe ser un bicho raro", pensaba. Pero usted es como todas.
- JUANA: No, Manuel Ascencio. Aunque de pronto, sí... hoy me siento rara... No sé. Me he sentido mujer... como quien dice... ¡sí, como todas!...
- (HAN QUEDADO FRENTE A FRENTE, MUY PROXIMOS. LAS LUCES DESCENDEN LENTAMENTE.)

TELON

ACTO SEGUNDO

(CUARTO DE LA FINCA DE LOS ESPOSOS PADILLA-AZURDUY. JUANA HAMACA LA CUNA DE SU HIJO Y CANTA.)

JUANA: Luna en los maizales...
sombra en la raíz...
duerme cochinitillo..
flor de mi maíz...
flor de mi maíz..
Luna en la quebrada...
zaino, apura ya...
que este niño quiere...
ver a su papá...
ver a su papá...
ver a su papá...

(ENTRA ACUÑA)

ACUÑA: Nunca te imaginé así, Juana.

JUANA: Cierra el pico que me lo vas a despertar. Jamás me ha costado tanto como ésta noche hacer que duerma. ¿Qué buscas, Abelardito?

ACUÑA: Para que los hijos tengan todo, los padres no deben tener nada. ¡Ni tranquilidad! Así digo.

JUANA: Si se queja el sol, que no hace más que brillar, ¿qué puede decir la tierra, que debe parir plantas todos los días y dar de comer a la gente?
¿A quién te refieres con eso de la "tranquilidad?"

ACUÑA: A mí, claro.

JUANA: ¿A tí?... Mejor que no diga nada. ¿Vienes aquí, o recorres nomás?

ACUÑA: Recorro. Pero no nomás. Es cada día más difícil vivir, Juana.

JUANA: Si no se queja la olla, que guisa y no come, mal puede quejarse la panza, que come y no guisa.

ACUÑA: ¿Cómo anda tu marido?

JUANA: Eso: anda.

ACUÑA: ¿Pero bien o mal?

JUANA: Mira... andar es... ni bien ni mal.. Es andar.

ACUÑA: ¿Y tus hijos?

JUANA: Todavía sin saber en el mundo que viven. Mejor para ellos. ¿Y el tuyo?

ACUÑA: En España, claro.

JUANA: Claro.

ACUÑA: Y no imaginas los gastos que origina eso.

JUANA: ¡Claro! ¿Ya debe ser general o algo así?

ACUÑA: Apenas un muchachito que empieza a estudiar armas.

JUANA: Siéntate. ¿Quieres algo?

ACUÑA: Hablar un poco con tu marido. Si está o viene.

JUANA: Vendrá. Pregunté si quieres algo de beber.

ACUÑA: Nada. No he comido.

- JUANA: Será por inapetencia. No por falta de bolsa.
- ACUÑA: Lo has dicho. No ando bien.
- ACUÑA: ^{mucha en} Amdas, ~~lo~~ en carrroza'. Eso primero atrofia los músculos y después la cabeza. Al fin se cierran las venas.... ¡y listo! Queda tu hijo para disfrutar lo que tu sacrificaste. ¡Eueno!... "sacrificaste" es un decir, ¿eh?
- ACUÑA: Nunca me entendiste, Juana.
- JUANA: Y ahora... ¿andas solo de noche?
- ACUÑA: Sabes que no se puede salir en éstos días sin escolta. Tengo me escolta. Malos tiempos vivimos, Juana. Te lo dije. La gente está muy mala.
- JUANA: ¡Eh!... se les cierra la boca para que no hablen, para que no coman. Y te aseguro que Dios hizo la boca para eso, ¿eh? para hablar y comer. Y a la naturaleza, Abelardito, a la naturaleza no puede dársela vuelta con una ley y un soldado.
- ACUÑA: Si la gente fuera buena, ho harían falta tantos soldados.
- JUANA: Suerte para ti de pensar al revés. Yo digo, la gente sería buena, si no existieran soldados. Pero habla bajo. Me parece que éste se está moviendo. Chilló tres horas. Quería comer.
- ACUÑA: ¿Por qué no le diste?
- JUANA: Tiene diarrea. Quiere comer y grita. ¡Claro!... Tú le hubieras puesto un soldado para que se callara.
- ACUÑA: ¡No bromees!
- JUANA: Y luego hubieras dicho: "Qué chica más mala!"... Le pongo un soldado y no se calla". Pero ella no necesitaba un soldado. Necesitaba mamar.
- (ENTRA MANUEL ASENCIO.)
- MANUEL: ¡Viaja con una escolta de virrey, Acuña!...
- ACUÑA: ¿Y usted dirá también que no es necesario eso, que los tiempos no están malos?
- MANUEL: ¡Demonios si está malos!... Claro que sí. (A JUANA.) ¿Cómo está la hija?
- JUANA: Ahora bien, porque duerme. Siguió la diarrea.
- MANUEL: (EN LA CUNA.) ¿Comió?
- JUANA: No le daré nada hasta medianoche.
- MANUEL: ¿Y los otros?
- JUANA: Duermen los tres.
- MANUEL: Tengo hambre. ¿Nos acompañas a comer, verdad, Acuña?
- ACUÑA: Preferiría hablar dos palabras y seguir de viaje. No ando bien.

- MANUEL: ¡Hacerse el gusto! Así decimos aquí. Diga, entonces, ¿qué pasa?
- ACUÑA: Dijo mi agente que usted habría resuelto no venderme la cosecha éste año.
- MANUEL: ¿Así le dijo?
- ACUÑA: Así.
- MANUEL: No fué así. Juana, llevemos la hija a otra pieza. Puede despertarse.
- (VAN AMBOS A LA CUNA Y LA LEVANTAN.)
- JUANA: No la levantes mucho, Manuel.
- MANUEL: Ni tú la hamaques como anoche.
- (SALEN AMBOS CON LA CUNA.)
- ACUÑA: ¡Qué gente rara para tratar, Dios mío!
- (REGRESAN JUANA Y MANUEL.)
- MANUEL: Lo que yo dije, es que éste año no pensaba vender la cosecha a ese precio. Así fué.
- ACUÑA: Eueno... el precio fijado me parece que...
- MANUEL: (LO CORTA.) La crecida del río nos llevó todo lo sembrado en esa zona. ¡Ya sé!... Usted dirá que la crecida del río no le importa. Que son cosas nuestras.
- ACUÑA: No, Padilla. Es que yo tengo un precio para vender. Entonces, debo comprar algo más barato. Usted sabe que hay un precio establecido en el mercado.
- MANUEL: Que para usted es alto y para mí es bajo. Eso es. Pero el río, en la crecida, nos llevó también seis yuntas de bueyes. ¡Ya sé!... A usted tampoco le importa. Pero viene el recaudador de impuestos... ¡y tampoco le importa! Y si yo sumo, la cosecha perdida, más las seis yuntas, más los impuestos, resulta que he trabajado todo el año y he perdido dinero.
- JUANA: Le hemos pedido al recaudador que éste año nos exima de impuestos. El godo nos miró en la cara y lanzó la risa. "Perdónenme que me ría - decía - perdónenme que me ría! ¡Pero eso es ridículo!... ¿De qué viviría entonces la corona?" Hay que decirlo: El tipo es tan sincero como cretino.
- MANUEL: Usted puede vender a ese precio y ganar, porque no paga impuestos como nosotros, Acuña! Y yo creo que es hora que se terminen esas cosas.
- ACUÑA: Bueno... en buena hora si usted puede conseguir una ~~exención~~ exención de impuestos como yo.
- MANUEL: Ni lo sueño, Acuña. Soy criollo, y no me lo concederían jamás.
- ACUÑA: Sí. Hay prerrogativas algo injustas, claro... es cierto... Pero están fundadas en que...

JUANA:

(LO CORTA.) La lengua puede decir "soy española". Pero el estómago sólo dice: "quiero comer",. ¡No digas, Abelardito, lo que pensabas decir!

ACUÑA:

Juana, me conoces, te dije mil veces que yo no me ocupo de leyes ni cosas así. Pienso que cada uno debe ocuparse de sus hijos y de sus negocios. Y así vivimos todos en paz. Sin embargo... me atreveré a decirle una cosa, Padilla. Y por Dios no lo tomen a mal. No todo es tan injusto como usted afirma. Dicen que usted rechazó un cargo de alcalde, por ejemplo, días pasados.

MANUEL:

Acuña... elegir entre el hambre del campo y el hambre de una alcaldía, no es elegir. ¡Es verdad, lo rechacé! Me preguntó el capitán general por qué criticaba la gobernación. "Señor - le digo - los impuestos superan mis entradas porque soy criollo. Y porque soy criollo, no puedo ocupar cargos públicos. ¿Qué debo hacer? ¿Hacerme bandolero?" Me dió un puesto de alcalde en Moromoro, pueblo pequeño, pobre y maldito, donde ningún español quiere ir. Y por eso me lo dió. Porque ningún español quiere ir.

ACUÑA:

¡Oh!... ¿Entonces, según ustedes, no es posible vivir la vida ya?

JUANA:

Al hueso descarnarlo y después regalarlo.

MANUEL:

Usted lo dijo, Acuña. Así no es posible vivir ya...

ACUÑA:

¿Y cómo habría que cambiarla... si no es indiscreción?

MANUEL:

Cuando un buey es viejo, enfermo, es inútil tenerlo en el arado. Hay que matarlo. Porque el arado sirve... La semilla sirve... La tierra sirve... El que no sirve es el buey que guiaba. A matarlo, entonces.

ACUÑA:

(RIE.) ¡Ojalá la vida fuera tan fácil como eso!...

MANUEL:

Acuña... Pienso que el pueblo francés mató a su rey porque necesitaba cambiar, fíjese, y cambió. El pueblo de Norteamérica quería cambiar, desprendiéndose de su rey inglés. Se desprendió y cambió.

ACUÑA:

(ALARMADO.) ¿Y usted propone?...

MANUEL:

(RIE.) No es para asustarse, Acuña.. No lo propongo yo. Lo dice mucha gente ya. Aquí, ... en Lima, ... en Buenos Aires... Será cuestión que lo creamos todos, y estemos dispuestos a llevar esa idea hasta donde sea necesario. ¡El viejo buey ya no sirve, Acuña!... A los tontos sólo ofrece palabras. Y a los que no son tan tontos... garrote. Ya no sirve el buey. Hay que matarlo, sí.

ACUÑA:

Padilla... soy muy respetuoso de usted, como soy muy respetuoso del capitán general y de... ¡y de toda la gente! Pero no quiero hablar aquí, más que de mis negocios o sus negocios. En fin... se hace tarde. Le ruego que piense un poco en sus precios y hablemos otro día. Y ya veremos cómo pueden pagarse esas seis yuntas perdidas. O la siembra que no cosechó, en fin... Adiós, Juana. Que se cure tu hija. Adiós, Padilla.

(SALE ACUÑA. MANUEL PERMANECE MIRANDO LA SALIDA DE ESTE.)

JUANA:

¿En qué piensas, Manuel?

MANUEL:

En que tento hambre.

MANUEL: En que tengo hambre.

JUANA NO CONTESTA. PONE ALGUNA COMIDA SOBRE LA MESA. PADILLA, HAMBRIENTO, COME EN SILENCIO. LUEGO DE PAUSA PROLONGADA.

JUANA: ¿Dijiste en serio eso que dijiste?

MANUEL: (SIN DEJAR DE COMER.) ¿Humm?

JUANA: Eso de ... que hay que matar al rey... como en Francia... o... ¡o no sé donde más!

MANUEL: Claro que en serio. No me serviste vino. Ya empiezas a no atenderme como merezco, Juana.

(JUANA LE SIRVE VINO. NUEVA PAUSA.)

JUANA: A veces pienso que no estamos tan mal.

MANUEL: Ajá.

JUANA: Que en otros lugares se debe estar peor.

MANUEL: Conocí una mujer que solía decir "al hueso descarnarlo y después regalarlo". No sé qué fué de ella.

JUANA: No te burles, Manuel. Hablo en serio.

MANUEL: Yo también hablo en serio.

JUANA: Tenemos cuatro hijos, Manuel.

MANUEL: ¡Y tendremos ocho!... Es lindo hacerlos. Y lindo tenerlos. Tendremos ocho. Más vino, Juana. Los Rivera me ofrecieron una yunta de bueyes. Linda yunta. Y no cara, Juana. No cara.

JUANA: Todos los que conspiraron contra el rey terminaron en la horca. En eso pienso.

MANUEL: También en Francia el rey terminó en la horca. O en la guillotina, que es lo mismo. (DEJA DE COMER. VA HACIA ELLA.) ¿Tienes miedo, acaso?

JUANA: No es eso. Pienso que en la guerra... como aquí, en el campo, tendré que seguirte. Y no sé cómo podría seguirte con cuatro hijos, Manuel.

MANUEL: Vamos a dormir. Mañana yo llevaré los burros al mercado, y tú tendrás que levantar la cosecha de Bajo Hondo. No volveré hasta la noche, seguramente. Vamos, es tarde.

(SALE MANUEL. JUANA COMIENZA A RECOGER LOS UTENSILIOS DE LA MESA.)

JUANA: (COMO PARA SI.) Será cuestión de que lo creamos todos y estemos dispuestos a llevar esa idea hasta donde sea necesario... (LA LUZ DESCENDE SOBRE LA ESCENA. JUANA VA AL PROSCENIO. FOCO SOBRE ESTA.) Y así fué, nomás... Pocos días después, los hombres se lanzaban a la calle con fusiles y tomaron la guarnición española. Pero por poco ti empo. España era demasiado fuerte, y venció a los rebeldes. ¿Venció?... Bueno, no sé si venció. En realidad, allí empezó todo. Manuel, ¡claro! estuvo entre los "infielos" como decía el padre Roldán. Lo persiguieron... Y no supe nada de él. Tres días después de aquél alzamiento, golpearon como fieras a mi puerta. ¡Como fieras!

(GOLPES EN LA PUERTA. LUZ A LA MISMA ESCENA ANTERIOR. ENTRAN SARGENTO Y SOLDADO REALISTA.)

SARGENTO: ¡Orden de entregar a Padilla!

JUANA: ¡Más grita el perro, si es acorralado!

SARGENTO: ¿Dónde está su marido?

JUANA: Por los cerros, supongo.

SARGENTO: ¡Huyendo!

JUANA: Porque ustedes lo persiguen, claro.

SARGENTO: ¡Se alzó contra la ley!

JUANA: Sargento... yo siempre fui muy respetuosa de la ley, sargento. Pero si hago esa torta, es porque necesito comerla, claro.

SARGENTO: ¿Su torta?... ¿Pero qué me importa su torta, señora Padilla?

JUANA: Le importa mi torta, sargento. Porque le importa, usted hace la ley. La ley esa que dice "no comerse la torta que se amase... La torta será comida por quien escribió la ley." Pero fíjese, sargento, que es más simple escribir una ley, que amasar una torta.

SARGENTO: Cuando en el cuartel mandan a comer tortas, como tortas. Pero cuando mandan a buscar a un hombre, busco al hombre. Y ahora, no me han mandado a que hable con usted. ¡Y no quiero hablar!

JUANA: Cuando la razón no se tiene, la palabra no conviene. Y el sable se cuelga en la cintura, cuando el trasero teme una patadura. ¿Qué me dice a todo esto, Sargento?

SARGENTO: A mujer con lengua larga, matarla o dejarla. Eso digo. (AL SOLDADO) Te quedas aquí. Que nadie salga mientras reviso la casa.

JUANA: No asuste a los chicos, sargento. Todavía son tontos y temen a los soldados. (EL SARGENTO SALE.) A tí te conozco.

SOLDADO: Sí, señora Padilla

JUANA: ¿No eres el hijo de la Simona?

SOLDADO: Sí, señora Padilla.

JUANA: ¿Y tu madre siempre vive con el pardo aquel que nunca recuerdo como se llama?

SOLDADO: Si, señora Padilla.

JUANA: ¿No sabes decir otra cosa que "sí, señora Padilla"? (MIRANDO POR LA PUERTA POR LA CUAL SALIO EL SARGENTO.) ¡Este godo es capaz de alzarse con algo!... (GRITANDO HACIA ADENTRO) ¡Mariano!... acompaña al señor sargento para que no se pierda... (MAS BAJO) algo. (AL SOLDADO) Así que no sabes decir más que "sí, señora Padilla".

SOLDADO: Debe estar buena esa torta.

- JUANA: ¡Ah!... Lo está, sí, lo está. Pero no pienso decir que te la lleves.
- SOLDADO: Me gusta la torta de maíz. Es lo que más me gusta. Pero nunca puedo comer torta de maíz.
- JUANA: (QUEDA MIRANDO LO UN MOMENTO) ¡Pero mira que eres idiota!... Eres soldado para defender a ellos. Y ni siquiera ellos, te dan una torta de maíz. Quienes te pagan deben ser muy inteligentes. ¡Porque yo no entiendo como nadie - tú - puede ser tan estúpido! (VA HACIA LA PUERTA) Este sargento debe estar alzándose con todo.
- SOLDADO: (QUE SE HA QUEDADO PENSANDO LO QUE DIJO JUANA, SIN ENTENDERLO BIEN.) ¿Entonces, quiere decir, señora Padilla, que los criollos no teníamos que ser soldados?
- JUANA: Pienso que un tipo como el capitán general deviera tener dos hijos. Uno, para que fuese a su tiempo capitán general. Y el otro, para que fuese soldado. Que los chanchullos del capitán general, los defiendan la propia cría del capitán general. ¡Pero no tú, tonto!... Que ni siquiera puedes comer torta de maíz todos los días! ¿Entendiste?
- SOLDADO: No, señora Padilla.
- JUANA: No pareces hijo de la Simona. Tu madre no es así, ¿eh?
- SOLDADO: No señora Padilla.
- JUANA: Supo conquistar cinco maridos. Y el pardo será pardo, pero está bien plantado. (VA HACIA LA PUERTA) ¡Sargento!... ¡Basta de revisar ya! ¡Lo que busca usted está escondido en otra parte!
- SARGENTO: (ENTRANDO) Y usted debe saber en qué otra parte.
- JUANA: ¡Por Dios que no! Pero no se esfuerce en creerme. Si lo supiese, tampoco se lo diría.
- (EL SARGENTO SE PASEA. LUEGO SE DETIENE FRENTE A LA TORTA.)
- SARGENTO: Parece buena.
- JUANA: Me salen buenas. Así es, en efecto.
- SARGENTO: Así que según usted, yo hago una ley que diga "me llevo la torta"... ¡y me la llevo!
- JUANA: Ajá.
- SARGENTO: Es fácil.
- JUANA: Es fácil. Por lo menos "era" fácil.
- SARGENTO: Lo que era fácil, seguirá siendo fácil.
- JUANA: ¡No! Se le teme al trueno... hasta descubrir que sólo es ruido.
- f
SARGENTO: El trueno, es el ruido del rayo que destroza al árbol.
- JUANA: Pero un árbol, no es el bosque. Y ningún rayo ha destrozado un bosque. Así que deje la torta.
- SARGENTO: Si no está Padilla, me llevaré a usted y a la torta.

- JUANA: No sé si la torta querrá ir con usted. Yo no pienso hacerlo. Y a menos que la torta diga "me quiero ir con el sargento"... no la dejaré ir.
- SARGENTO: ¿También es rebelde, señora?
- JUANA: ¡Nunca eso, señor sargento!... Sucede que adentro duermen cuatro chicos. Son mfos y me necesitan. Bueno... hay gente que dice "por mis hijos, no me meto contra los soldados". Fíjese que yo digo "por mis hijos me meto contra los soldados"
- SARGENTO: Tendrá que venir, señora Padilla.
- JUANA: No pienso ir, señor sargento;
- SARGENTO: ¡Tendrá que venir, señora Padilla!
- JUANA: Si ustedes son capaces de llevar presas a mujeres, es porque están muertos de miedo. Y si ustedes están muertos de miedo, yo tengo más coraje.
- SARGENTO: La ley, y no yo, la lleva presa.
- (EL SOLDADO TOMA LA TORTA.)
- JUANA: ¡Hijo de cinco padres, deja la torta!...
- (JUANA TOMA UN TRUESO REBENQUE Y SE ABALANZA SOBRE EL SOLDADO QUE SE ESCONDE A SU VEZ TRAS EL SARGENTO.)
- SARGENTO: ¡Juana Azurduy de Padilla, en nombre del rey, quedas arrestada!
- JUANA: Está bien... está bien... ¿Cómo decirlo?... Veamos... negociemos, entonces, como quien dice.
- SARGENTO: Nada hay que negociar.
- JUANA: Verá que sí. Usted y yo, vivimos, sargento. Y para vivir, hacemos cosas distintas. Yo, cosecho maíz y crío animales. Usted, considerando que la tierra está baja y el agacharse cansa, eligió como tarea llevar un sable colgado en la cintura. ¡Claro... eso es más fácil.. Pero nadie puede comerse un sable. Entonces, inventa esas leyes que dice que debo darle la mitad de mi torta.
- SARGENTO: ¡Lo que usted diga!
- JUANA: (LO CORTA.) ¡Todavía no terminé! Entonces, usted me sada torta a mí, y a mi vecino y al otro vecino, y etc., etc., etc. Así que usted, que no produce nada... vive mejor que aquellos que producen mucho. (AL SOLDADO.) ¡Hijo de cinco padres, o devuelves la torta o te rompo la cabeza! Sargento, para negociar, que ese bastardo dejæ la torta.
- SARGENTO: (LUEGO DE PENSARLO.) Está bien. Deja la torta... un momento.
- (EL SOLDADO DEJA LA TORTA.)
- JUANA: Está bien. Vuelva la paz a los espíritus. Decíamos que usted lleva el sable, no produce nada y come mucho. Yo, no llevo sable, produzco mucho y como poco. Lo a negociar es esto: O usted lleva el sable y además produce lo que come, o yo, que produzca lo que como, me cuelgo un sable. ¡Está

muy claro!

SARGENTO: ¡Juana Azurduy de Padilla... eso es rebelión!

JUANA: ¡Rebelión!... ¡En efecto! ¡Jamás una palabra más justa, señor sargento! Eso hizo mi marido - y otra gente - hace tres días. (LEVANTANDO EL REBENQUE.) Eso acabo de hacer yo, hace un instante. Eso hará mucha gente dentro de poco. Por lo tanto, todo depende ahora de usted.

SARGENTO: (LUEGO DE MIRARLA UN MOMENTO, AL SOLDADO) Toma la torta.

(JUANA SE ABALANZA SOBRE LA MESA, TOMA LA TORTA Y AMENAZA AL SOLDADO CON EL REBENQUE.)

JUANA: ¡Te rompo los huesos!

(EL SOLDADO SE DETIENE.)

SARGENTO: ¡Juana Azurduy... a la cárcel!

JUANA: Dirá, señor sargento "Juana Azurduy al cementerio"... Me llevará únicamente muerta, como quien dice.

SARGENTO: Deténgala, soldado.

(EL SOLDADO, CON PRECAUCIONES, VA HACIA JUANA Y ESTA LE DA UN REBANCAZO QUE LO ECHA POR TIERRA.)

JUANA: ¡No me toques, hijo de cinco padres! ¡Y púebbe usted, sargento, de sacar un sable!

(EL SARGENTO LA MIRA ATONITO. Y SE DECIDE AUXILIAR AL SOLDADO, LEVANTÁNDOLO.)

SARGENTO: Señora... está muy mal alzarse contra el rey. Y usted está alzada contra el rey. Lo justo es lo justo. Además, ha consumado resistencia y atentado a la autoridad. ¡Eso! Desacato, resistencia y atentado a la autoridad. Y si revisado este soldado en el cuartel presentare heridas, contusiones o quebraduras, habría consumado, además de los nombrados delitos punibles, el de lesiones leves o graves, según la índole de las mismas. Notificada queda.

JUANA: (ENARBOLANDO EL REBENQUE.) ¡Fuera de aquí!

SARGENTO: (SALE AUXILIANDO AL SOLDADO.) Volveré con más gente.

(SALE SARGENTO. LA LUZ DESCIEENDE SIN LLEGAR AL APAGON TOTAL.)

JUANA: ¡Con más gente!... Varios días permanecí encerrada en la casa, montando mi primera guardia... Hasta que una noche, muy pasada la medianoche... (SALIENDO) ¡No chilles, hija!... Comerás cuando tengas que comer. Te lo digo yo.

(SALE JUANA. RUIDO LEVE. ALGUIEN ENTRA. APARECE JUANA CON UN FAROL Y EL REBENQUE.)

JUANA: ¿Quién anda ahí?

MANUEL: ¡No grites, Juana! ¡Yo!

JUANA: ¡Manuel Asencio!... ¡están afuera!

MANUEL: ¿Con un rebenque me esperas?... ¿No con un beso, Juana? No vengo de una juerga, señora Padilla, me parece. Se lo

juro, por Dios, soy buen marido.

(SE ABRAZAN.)

JUANA: ¡Te esperan, Manuel! ¡Saben que volverías!...

MANUEL: No conocen mi tierra mejor que yo. ¿Cómo están los hijos?

JUANA: Bien. Duermen.

MANUEL: Bueno, ¿y qué?... ¿Por qué te quedas así?... ¿No me ofreces comida? No comí en todo el día. ¿Hay algo?

JUANA: Hay algo, sí, hay algo.

(JUANA PONE ALGUNA COMIDA SOBRE LA MESA. PADILLA COME.)

MANUEL: ¿Qué haces con ese rebenque? ¿No piensas dejarlo?

JUANA: LO tomé hace tres días. No pensé en dejarlo... o en no dejarlo. Manuel, descubrí que no es difícil voltear un soldado.

MANUEL: Claro que no es difícil.

JUANA: Y eso me hizo pensar.

MANUEL: ¿Qué?

JUANA: Que fuimos muy tontos. Desde chicos nos dijeron que los soldados estaban para defendernos del imperio inglés... del imperio portugués... Y nosotros manteníamos a esos soldados para que nos defendieran. ¡Y cuantos nos costaba mantenerlos!... ¡Fuimos unos tontos!... Esos soldados estaban destinados a vigilarnos a nosotros mismos, ¿comprendes?... Nosotros pedimos algo justo... vivir... comer... Y ellos nos lanzan sus soldados... Nosotros mantenemos a nuestros carceleros como quien dice... ¡Qué estúpido!... (JUGANDO CON EL REBENQUE.) Y qué fácil es voltear un soldado...

MANUEL: Este queso está poniéndose rancio. Y vino... ¿no hay vino?

JUANA: No hay. He estado encerrada aquí, y algunos vecinos me han acercado los alimentos más necesarios. No hay.

MANUEL: Se puede estar sin vino. ¿Y qué más pensaste, Juana Azurduy?

JUANA: Que si ellos tienen soldados para defender sus cochinas y sus haraganerías, nosotros tendremos nuestros soldados para defender nuestra decencia y nuestro trabajo.

MANUEL: (DEJANDO DE COMER) Está resuelto eso. Levantemos a los chicos.

JUANA: ¿Qué es lo que está resuelto?

MANUEL: Formar un ejército.

JUANA: Manuel Asencio... pero esas cosas no se dicen como así y así...

MANUEL: Lo has dicho. Pero el ejército se está formando. Lo estamos formando.

JUANA: ¿Y qué haré yo?

- MANUEL: ¿Tú?... Tengo un buen escondite en los cerros.
- JUANA: ¿Y quién dijo que yo nací para vivir escondida?
- MANUEL: Nadie nace por esto o para aquello. Se hace lo que es necesario.
- JUANA: Y lo necesario ahora, es esconderse, ¿no? "Mujer para el lecho, no tienes otro derecho."
- MANUEL: ¡No he dicho eso, Juana Azurduy!
- JUANA: ¡Has dicho eso, Manuel Asencio Padilla! ¡He volteado un soldado!
- MANUEL: ¿Y piensas continuar haciéndolo siempre?
- JUANA: ¡No he pensado otra cosa!
- MANUEL: Eres mujer, Juana.
- JUANA: Y he volteado un soldado.
- MANUEL: Pero el ejército español no es un solo soldado.
- JUANA: Ni nuestro ejército tampoco. (MANUEL INICIA EL MUTIS.)
Manuel... (ESTE SE DETIENE. JUANA CASI SUPLICA.)
... tengo que acompañarte.
- MANUEL: Lo harás. Ahora vendrás conmigo. Y con los chicos.
- JUANA: A la guerra, digo. ¿O no me necesitas?
- MANUEL: Te necesito, Juana. Siempre te necesito.
- JUANA: Pero no con un sable. ¿no?
- MANUEL: ¡Te parece posible!
- JUANA: Hace algún tiempo... tampoco parecía posible alzarse contra los españoles. ¡Y lo han hecho! Hace algún tiempo... tampoco parecía posible voltear un soldado. Y lo he hecho. Y aquí mismo. ¡Yo! Aquí mismo, ¿me oyes? ¿O no lo crees?
- MANUEL: (INICIANDO EL MUTIS.) Despertemos a los chicos.
- JUANA: No me has contestado nada.
- MANUEL: (SE VUELVE.) ¿Y qué voy a contestarte, mujer? Cuando un burro se empaca, puedo romperle el costillar a palos. A tí no puedo romperte el sostillar a palos.
- JUANA: ¿Entonces... voy?
- MANUEL: A ti no puedo romperte el costillar a palos, Juana.
- JUANA: (INICIANDO LA SALIDA, RESUELTA.) ¡Entonces, sí!...
¡Despertemos los chicos!
- MANUEL: ¡Y rápido!... Debemos estar lejos de aquí antes que amanezca.
- (APAGON. LUZ A JUANA EN PROSCENIO.)
- Juana: Mi marido aún no estaba decidido a dejarme pelear. Pero yo pienso... ¿por qué los hombres creen que es tan difícil la guerra? Difícil será evitarla. Difícil será lograr que a los

que queremos vivir y trabajar en paz, nos dejen vivir y trabajar en paz, cuando no se nos deja comer como Dios manda, la guerra surge - ¡cómo no va a surgir! - y entonces, la guerra no es difícil. (PAUSA.) Bueno... la cosa es que al fin me dejó ir a la guerra. Si el hombre tiene la fuerza de la patada del burro... nosotras tenemos la fuerza de la empacada del burro... Y estamos iguales. Así que, codo a codo con mi marido, empezamos la lucha de las guerrillas. Mal al principio. Sí, mal. Pero después, sí... mejor. Fue cuando nos encontramos con un ejército que venía de Buenos Aires. Y nos presentamos a él. Es decir, a un abogado que venía con ellos. Un doctorcito como esos que había conocido en Charcas. Delgado, delicado casi, sin una mancha siquiera en la pechera, pero... que nos hizo ver muchas cosas claras. Sí, señor, muchas cosas claras.

(APAGON. SALE JUANA. CUARTO DONDE SE HALLA JUAN JOSE CASTELLI. EN UNA PARED? BIEN VISIBLE, UN MAPA DE SUDAMERICA.)

CASTELLI:

De pronto parece que hemos liberado un ciruelo, no un país. No viene la gente de por aquí diciendo: "Ciudadano Castelli, aquí tengo una espada. ¿En qué puedo ayudar?" ¡No! Se acercaron con una canasta para llevarme la mayor cantidad posible de frutos. Bien, señores... ¡ahí está el ciruelo! ¡Carguen!... ¡Llévenselo todo!... ¡Todo! Y que el español rehaga sus fuerzas y contraataque!... Entonces pondrán caras de seminaristas y dirán "era el momento de dar, no de pedir". Pero ya los realistas nos habrán cocinado a fuego lento. ¡Será completamente tarde! (APARECEN EN LA PUERTA JUANA Y MANUEL. AMBOS TRAEN FUSILES EN BANDOLERA.) ¿Qué buscan ustedes?

MANUEL:

Con su permiso, señor... Me llamo Manuel Asencio Padilla. Mi mujer, Juana Azurduy.

JUANA:

(ALUDIENDO A SUS ROPAS.) No estamos muy de visita, señor...

CASTELLI:

¿Qué buscan?

MANUEL:

Bueno... No sé como decirlo... Venimos a ofrecernos.

CASTELLI:

¿A ofrecerse? ¿Para qué?

JUANA:

Conocemos los cerros, señor. Queremos pelear.

CASTELLI:

¿Pelear?

MANUEL:

Sí, contra los españoles, pues.

JUANA:

Ya lo estamos haciendo en los cerros, por así decirlo.

CASTELLI:

Contra los españoles... Sí, claro. Bueno, por lo menos ustedes desean pelear contra los españoles. Y qué esperan obtener... ¡recibir!... por esa participación en la guerra.

MANUEL:

¿Recibir?

CASTELLI:

¡Recibir, sí, recibir! Desde que hemos llegado al Alto Perú, todos los que se han acercado para ayudarnos, no han hecho sino pedir favores. Por eso pregunto qué desean ustedes recibir.

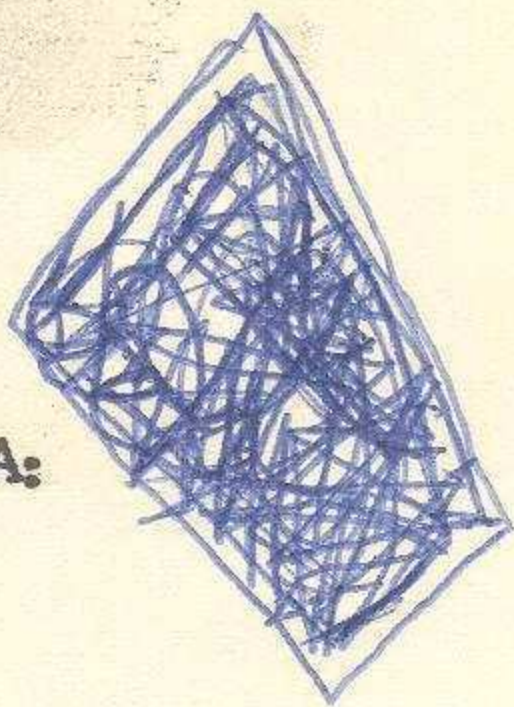
MANUEL:

No sé... Juana, aquí te ofrecen. ¿Qué quieres recibir?

JUANA:

¿Recibir?... Podemos recibir. Necesitamos cosas ¿eh?

- CASTELLI: ¡Digan... digan... digan, entonces!
- JUANA: No apurar el buey para hacer el surco derecho. Así decidimos acá. ¿Qué necesitamos más, Manuel?
- MANUEL: ¿Más?
- JUANA: Yo creo que.. que armas, ¿no, Manuel?
- MANUEL: Hombres tenemos... caballos tenemos... ¡Eso! Necesitamos eso, armas, señor, armas.;
- CASTELLI: ¿Y nada más que armas?
- MANUEL: Que me acuerde... ¿Se te ocurre algo, Juana?
- JUANA: Algún aperito.
- MANUEL: Lo hacemos nosotros... Nada más, señor.
- JUANA: Tienes razón. Nada más, señor.
- CASTELLI: (QUEDA MIRANDOLOS UN MOMENTO. LUEGO VA HACIA MANUEL.) Perdóneme. Seguramente nosotros erramos el camino. ¡Nosotros! Estuvimos demasiado vinculados con los que se beneficiaban con el gobierno español. ¿Por qué debemos extrañarnos que ellos ahora busquen beneficiarse con el gobierno revolucionario? Ese fué nuestro error, sí. Precisébamos otra gente. Gente como... ¿Dijeron conocer bien los cerros? ¿Estos cerros?
- MANUEL: Ajá.
- CASTELLI: Bien. Tendrán trabajo, entonces. Claro que sí. (VA HACIA EL MAPA.) Veán, éste es el Alto Perú. Aquí estamos nosotros. Aquí los españoles. Ejército contra ejército. Un sistema que no sirve. No puede quedar la revolución librada a a un triunfo o una derrota militar, ¿comprenden? Necesitamos un pueblo en armas. Se animarían a comenzar algo así. (LOS PADILLA ASIENTEN.) Habría que crear dos... diez cien... quinientos grupos de guerrilleros, ¿comprenden?
- MANUEL: Sí, sí.
- CASTELLI: No habría cuarteles fijos. No habría acantonamientos... solamente zonas infectadas de pequeños grupos de guerrilleros.
- JUANA: Algo así hemos estado haciendo, ¿sabe?... Pero no es fácil, eh, no es fácil.
- MANUEL: Parecería que no a todos les importa mucho esto, señor.
- CASTELLI: ¡Naturalmente! Los campesinos de aquí, con el régimen español, trabajaban de sol a sol por un plato de maíz. Qué les puede importar, entonces la revolución, si les espera - aún triunfando - seguir trabajando de sol a sol por un plato de maíz. Eso quiere decir, que no sólo hay que cambiar al gobernante, Tenemos que cambiar la vida misma.
- MANUEL: ¿Y cómo eso, señor?
- CASTELLI: Terminando con los terratenientes, de la misma forma que terminamos con los españoles. Demos a los campesinos la tierra que ellos trabajan de sol a sol. Y los campesinos defenderán sus tierras. Pienso que los hombres pueden defender la patria con entusiasmo, sí, claro. Pero defenderán



sus tierras con desesperación. Y lo que aquí hace falta es eso, ¿verdad? desesperación. Esa fuerza frenará la mejor infantería que nos mande España. (A JUANA.) ¿Por qué me mira así? O no me cree..

JUANA:

Usted merecería tener botas embarradas, señor. Así pienso. La tierra hay que ganarla, sí. Usted dijo... diez... cien... quinientos grupos de guerrilleros... ¿usted dijo así?... Los tendrá, señor. ¡Verá que sí, que los tendrá!

(APAGON. FOCO UNICO A MANUEL ASENCIO EN PROSCENIO.)

MANUEL:

¡Claro que los tendrá!... ¡Los tuvo!... Dos, diez, cien, quinientos grupos de guerrilleros... Si Buenos Aires apenas pudo juntar algún par de miles de hombres para mandar a éstas tierras, mi Juana reunió más de diez mil. La gente la veía llegar segura, en su caballo y repetir las verdades de Castelli con tanto fervor que la seguían. Y hasta las mujeres comenzaron a hacerlo. Y en algunos pueblos, cuando ella llegaba y hablaba, manos anónimas hacían sonar las campanas de las iglesias que expresamente habían silenciado.

(APAGON. LUZ A UN ATARDECER EN EL CAMPO. DOS HOMBRES DEL PUEBLO, FRENTE A UN FOGON IMPROVISADA ESCUCHAN A JUANA.)

JUANA:

Entramos en la ciudad y aparece

Así decían los incas, así: "No robes, no mientas, no seas perezoso". Porque el que roba, roba a la Madre Tierra. El que miente, engaña al hombre, hijo de la Madre Tierra. Y el perezoso, con su inactividad, deja a la Madre Tierra sin el goce de dar frutos, para que el hombre - su hijo - coma y viva.

sentada en un tocón

HOMBRE I:

Eso era antes. Cuando mi abuelo. O mi bisabuelo. La tierra no es más nuestra, doña Juana.

JUANA:

La tierra no es mía ni suya. La tierra no es de nadie.

HOMBRE II:

La tierra donde trabajo es del señor Acuña. ¿Quién se lo puede negar?

JUANA:

¡Nosotros!

HOMBRE I:

La tierra donde yo trabajo, también tiene dueño.

JUANA:

La tierra no es de nadie. ¡Está dicho! Es como el aire. El aire es de quien lo respira con los pulmones. La tierra es de quien la trabaja con las manos. Ellos tienen la tierra... pero primero tuvieron muchos soldados. Y nosotros haremos lo mismo. Seremos soldados... para defender nuestra tierra. Seremos soldados de nosotros mismos, ¿Comprenden? como alguna vez fuimos soldados de ellos. No hay mejor cuña que la del mismo palo. Está dicho.

HOMBRE I:

Y si ganamos la guerra, ... ¿nos darán la tierra?

HOMBRE II:

¿Asegura usted eso, doña Juana?

JUANA:

¿Si ganamos la guerra?... Bueno, no puedo asegurar que ganemos la guerra. Por eso vamos a empezar al revés. Tomaremos la tierra... y empezaremos la guerra. Ya lo estamos haciendo más al sur. Si somos capaces de defender la tierra que hemos tomado y trabajado... ganaremos la guerra. ¿Aceptan?

HOMBRE I:

No sé... (A HOMBRE II) ¿Qué te parece?

me levanto y a Ranfa

Rampis
HOMBRE II:

No sé... ¿Dónde está su guerrilla, doña Juana?

JUANA:

En el segundo vado del río, hacia el sur.

Rampis
HOMBRE II:

(A HOMBRE I) Se puede probar, me parece....

HOMBRE I:

Sí, se puede...

(ENTRA ACUÑA.)

ACUÑA:

¡Entonces era cierto!

JUANA:

Abelardito!

ACUÑA:

¡Entonces era cierto!

JUANA:

¿Qué haces por aquí, Abelardito?

ACUÑA:

Acabo de comprar estos campos, Juana, esos...

JUANA:

Dentro de poco serás el dueño de América, Abelardito.

ACUÑA:

¡Entonces era cierto!

JUANA:

¡Míablos!... ¿cuál es la certeza que tanto te preocupa?

ACUÑA:

Dí hablar de una doña Juana que andaba alzando ~~xxx~~ la gente contra el Rey. Pensaba que eras tú, claro... A nadie se lo hubiera dicho. Además, como decían ~~ustedes~~ que ustedes habían sido muertos por los soldados...

JUANA:

(RÍE) ¡Soñaba el zorro con la bonanza, mientras los piojos le comían la panza!

ACUÑA:

¿Sabes que el capitán general se incautó de tus campos?

JUANA:

Tomó un campo abandonado, sí. Veremos qué hace el señor capitán general cuando regresemos con mi Manuel y mi fusil.

ACUÑA:

Juana... lamento de veras tu situación.

JUANA:

¡Yo la celebro!

ACUÑA:

Te has sublevado contra el orden, Juana.

JUANA:

¡Epa!... ¿Contra cuál orden, dices?

ACUÑA:

Contra el orden, Juana. Lo sabes.

JUANA:

Yo era muy respetuosa del orden, Abelardito.

ACUÑA:

Tienes que seguir siéndolo.

JUANA:

Pero tenemos que ponernos de acuerdo sobre lo que entendemos por "orden". Tú entiendes por "orden" dejar las cosas como están, ¿no? Es decir, que el señor Virrey pasee en carroza con putas y vinos de Oporto, yo no pueda ni comer las tortas de maíz que amase, y los pobres campesinos anden por bos caminos sin tener dónde echar sus semillas y sus hijos. ¿Ese es tu orden, Abelardito? ¿Ese es el orden que no debe cambiar jamás?

ACUÑA:

Sabes que en nada me meto fuera de mi negocio.

JUANA:

Pero te irrita que te quite los peones de tus campos, ¿verdad que sí?

ACUÑA:



ACUÑA:

No puedo negarlo que sí.

JUANA:

Y eso, para tí, también es estar contra el orden, ¿verdad? Abelardo Acuña, a veces la vida traza una raya. De éste lado, los que comen bien. ¡Tú! Del otro, los que comen mal... o no comen. ¡Nosotros tres! ¿Está mal que nos peliemos por un plato de sopa?

ACUÑA:

Soy tu amigo, Juana. Y no quiero pelear.

JUANA:

Pregunto si está mal. Y contesto: "Sí, está mal. No debí-ramos pelear por un plato de sopa".

ACUÑA:

Juana, has perdido tus campos. Trata de salvar por lo menos tu vida.

JUANA:

¿Mi vida? La vida es algo importante, sí, pero unas veces. Otras... Mira, cuando se es dueño de América, casi, como tú, la vida es importante. Claro que sí. Pero cuando sólo se tiene un caballo para correr los cerros, la vida... déjame decirte una mala palabra... es una mierda. ¿Sabes en qué consiste todo, entonces?

ACUÑA:

No, Juana.

JUANA:

Sí, lo sabes. La vida, Abelardito Acuña, no vale por su existencia misma. Ni por lo que el pobre Dios pueda darte allá arriba, cuando te mueras. La vida vale, por lo que se tiene para vivir. Tú cuidas tu vida, es decir, ... tus campos, tu hacienda... tu hijo. ¿Que estudia en España y que algún día será poseedor de cosas, como tú. Pero yo... ¿qué tengo yo?... ¿Romperse las manos trabajando y no disponer de un plato de guiso para comer tranquilamente?

ACUÑA:

La vida es algo más que comer, Juana.

JUANA:

Tienes una expresión de tipo satisfecho. Y la vida nunca cambiará por iniciativa de los tipos satisfechos. Abelardo... vamos a ser enemigos alguna vez.

ACUÑA:

Que nunca ocurra eso. Soy tu amigo, Juana.

JUANA:

Adiós, Abelardo Acuña. Me espera ésta gente.

ACUÑA:

Adiós, Juana. Y no te olvides que soy tu amigo. Y ésto... esto es todo muy triste.

JUANA:

Sí, Abelardo Acuña, la guerra es muy triste. (A LOS HOMBRRES) Vamos...

(APAGON. LUZ A MANUEL EN PROSCENIO.)

MANUEL:

Sí, muy triste... Nuestra guerra se fué extendiendo como una vigorosa enredadera de monte. Y pronto, demasiado pronto, mi Juana, comandante guerrillera y madre, se iba a encontrar perseguida por los españoles y perdida en un bosque con nuestros cuatro cachorros. Allí encontraría los dos primeros cadáveres más tristes de la guerra.

(LA LUZ ENTRA SOBRE UN BOSQUE. SALE MANUEL, ENTRA JUANA)

JUANA:

Te podría maldecir, bosque. Pero no tienes culpa. Dios te hizo inútil, bosque, Dios te hizo estéril. Y nadie tiene culpa de ser estéril. ¿Pero qué haces con el agua que te arroja la lluvia? ¿La devoras y creces, eh? ¿No produces un solo

fruto? ¿Y no guardas un solo charco de agua para que beban mis hijos? Mis cuatro hijos tienen sed. Sed y fiebre. Sed y hambre. Te podría maldecir, bosque. Pero no tienes culpa. Dios mío... explícame por qué has hecho un bosque tan grande, sin poner siquiera un charco de agua pequeñito.

(SE PIERDE JUANA EN EL BOSQUE. ENTRA MANUEL QUE YA LA BUSCA.)

MANUEL: ¡Sigue, Juana!... ¡Tienes que seguir!... ¡En algún lado se acabará éste verde infierno de llamas y follajes!... ¡Tienes que seguir andando!... ¡Te encontraré, Juana!... ¡Te encontraré!...

(SE PIERDE AHORA PADILLA ENTRE LOS ARBOLES Y SURGE JUANA.)

JUANA: No debieras existir, bosque. Te lo digo ya. Lo que no da frutos no debiera existir. Mis hijos no pueden comer tus raíces ni tus yuyos, ¿Comprendes? No es justo, Dios. No quiero quejarme, pero no es justo, Dios. Si debo hacer expiación, que la haga yo. No protestaré. Pero no es justo que la hagan mis hijos. ¡Qué te han hecho mis hijos, Dios... qué te han hecho mis hijos!...

(DESAPARECE AHORA JUANA Y APARECE MANUEL.)

MANUEL: Te encontraré, Juana... Mi Mariano no puede seguir cargado a tu espalda, sí... lo sé... ¡Pero sigue, Juana, sigue... sigue!...

(SALE MANUEL, REGRESA JUANA.)

JUANA: Mariano: el primero en morir. El más triste que tuvo la guerra. Con su cuerpo aún caliente, los aparté de los otros hijos, para enterrarlos con mis propias manos. Con mis propias manos... sin un pequeño cuchillo siquiera... (SE MIRA LAS MANOS.) Sangran... cuando yo te rompía tierra, no era para que derramaras sangre. Era para preñarte con una semilla que creciera.. ¿Sabes qué semilla he puesto ahora dentro de ti? ¡Házlo crecer!... ¡Házlo crecer!...

(SALE JUANA? ENTRA MANUEL)

MANUEL: ¿Cuántos días hace que te busco, Juana?... ¡Maldición!
¡Cuando el monte toma, no suelta! ¿Cuántos días hace que te busco?... No sé... El tiempo se cuenta con los pasos dados al azar... con el agua no hallada... con el hambre... con la fiebre... con el sueño dormitado en cualquier parte.

(SALE MANUEL, REGRESA JUANA.)

JUANA: Manuel, mi otro hijo, el segundo cadáver más triste que tuvo la guerra... (MIRA SUS MANOS.) ¡Sangran!... sí, con ésta sangre y contigo, tierra, hubiera podido cocinar a mis hijos una torta caliente... ¡Dios!... eres testigo... Cuando me exijas rendición de cuentas... te diré: "Derramé sangre para echar mis hijos a la vida... derramé sangre para echar mis hijos dentro de la tierra... ¿Quién me puede juzgar ahora?"... Quién puede decirme "eres mala Juana Azurduy"... Quien puede decirme "Por qué empuñas ese fusil, Juana Azurduy"... Quién puede decirme lo que está bien y lo que está mal... (MIRA SUS MANOS.) Derramé sangre para echar mis hijos a la vida... derramé sangre para echar mis hijos dentro de la tierra... Sus corazones estaban calientes, cuando les mostré la luz... y estaban calientes cuando los fui cubriendo con ésta

tierra seca... Quiénes serán los dueños de éstas tierras!
¿Ustedes, asesinos?... ¡o nosotros!...

(SALE JUANA, REGRESA MANUEL)

MANUEL: ¡Juana... Juana!... ¡El bosque no es todopoderoso!... ¡No!
Nada hay todopoderoso en la vida. Y todo puede ser vencido
cuando el hombre quiere... ¡Juana!...

(SALE MANUEL, REGRESA JUANA.)

VOZ DE NIÑA: ¡Mamay!... He oído voces que nos llaman...

JUANA: ¿Deliras, Juliana?

VOZ DE NIÑA: ¡Mamay!... he oído voces que nos llaman...

JUANA: Es tu fiebre... tu cansancio, Juliana... Tu cabeza no está
bien, Juliana, ¿comprendes? ¡Dios, eso no!... ¡No en-
loquezcas una cabeza que no ha vivido todavía!...

VOZ DE NIÑA: ¡O'í voces... mamay, o'í voces!...

JUANA: ¡No enloquezcas cabezas que no han vivido todavía, n o!

(SE OYEN VOCES DE MANUEL.)

JUANA: ¡No enloquezcas cabezas que no han vivido todavía...!

(ENTRA MANUEL.)

MANUEL: ¡Juana... Juana!...

JUANA: ¡Manuel!... (SE ABRAZAN.) ¡Tu Mariano y tu Manuel no
pudieron esperarte!... No pudieron esperarte... no pudieron
esperarte... ¡Llegaste demasiado tarde!... ¡Dios mío!...

MANUEL: ¡Mierda!...

TELON

ACTO TERCERO

CAMPAMENTO DE LOS GUERRILLEROS EN UN BOSQUE. HAY UNA MESA Y DOS SILLAS RUSTICAS. JUANA VISTE CHAQUETILLA MILITAR DE TENIENTE CORONEL, POLLERA GRIS DE LOS ACTOS ANTERIORES.

8 JUANA: (SACA EL SABLE, LO MIRA.) Cómo te temen cuando no lo empuñan ellos. Y cómo temen y critican el terror... cuando el terror es aplicable por la gante del pueblo, harta de aguantar tiranías de capitanes generales, terratenientes y auditores venales... ¡Claro!, la justicia en manos de capitanes generales puede errar... "porque Dios no hizo al hombre infalible"... ¡Así dicen! Pero la justicia en nuestras manos es bárbara, salvaje, despiadada. Tome mi trasero, señor capitán general, y déle punta-piés. A usted Dios le concede el derecho a equivocarse, Pero no ponga el cuello en el camino de mi sable... porque Dios no permite que yo sea mala. Usted tiene el derecho de pegar, y yo la obligación de aguantar. Así sea siempre por siempre, y no enojemos jamás a Dios. Amén.

(ENTRA GUERRILLERO I)

GUERRILLERO I: Ha llegado un hombre que pide hablar con usted, doña Juana. Dice llamarse don Abelardo Acuña!

JUANA: ¡Abelardito Acuña! (GUARDA EL SABLE.) ¡Que pase, claro!

(SALE GUERRILLERO Y REGRESA CON ACUÑA.)

ACUÑA: (LE CUESTA CREER QUE PUEDE SER JUANA.) Pero... pero...

JUANA: Sí, soy yo, Abelardo Acuña... ¿O es que no me conoces?

ACUÑA: ¿pero... qué haces con ese uniforme?

JUANA: Buenos Aires me ha nombrado teniente coronel.

ACUÑA: ¡Teniente coronel!

JUANA: Como lo oyes. (AL GUERRILLERO.) Puedes irte. Es casi un amigo.

(SALE GUERRILLERO I.)

ACUÑA: Está bien... Teniente coronel... ¡Ah!... seis años desde aquel día que a tu Padilla se le ocurrió alzarse contra el Rey.

JUANA: ¡Seis años!... es mejor no recordarlo siquiera...

ACUÑA: Bueno... pero tú te metiste en la guerra... y si has perdido cosas... has ganado otras... ¡Pero yo! que no me metí ni con unos ni con otros... Mis campos casi paralizados... no hay peones... Y luego, esas ideas que circulan por ahí, y que tú has metido referente a la tierra...

JUANA: No deben ser tan malas cuando con ellas estamos ganando la guerra.

ACUÑA: Tú sabes que no opino. Estoy alarmado por mis campos, sí, te lo confieso. ¿Y me otorgarás el derecho de alarmarme, verdad, por lo menos?

JUANA: A nadie puede quitarse el derecho de alarmarse.

ACUÑA: Juana, es imposible no hacerlo viendo lo que uno

ve, sabiendo lo que uno sabe. Esto me trae hasta tu campamento.

JUANA:

¿Eso?

ACUÑA:

Digo... si de pronto las cosas cambiaran... claro... tú sabes que mis campos no son cosas de un día... Trabajaron mis abuelos... mis padres... yo...

JUANA:

Trabajar es un decir, se me ocurre.

ACUÑA:

Escúchame, Juana. Necesito tener la seguridad de que... pase lo que pase, mis campos... Juana, ¿me escuchas, no?... ¿Si triunfaran ustedes, no correrían peligro mis tierras?

JUANA:

Cuando el español esté vencido, decidiremos, claro.

ACUÑA:

Claro. Y tú y yo... viejos amigos... ¿no podemos llegar a un acuerdo ya?

JUANA:

Cuando el español esté vencido, dije, calcularemos lo que cada uno aportó a esta lucha.

ACUÑA:

¡Ah!... como quien dice... ¿habrá que rendir cuentas?

JUANA:

No dije exactamente eso, Abelardo Acuña.

ACUÑA:

Habrá que rendir cuentas, sí. Y tú no quieres que conozca desde ahora... qué cuentas tendré que rendir yo... Sí, comprendo, Juana... ¿te parece que será vencido el español?

JUANA:

Ya está casi boqueando.

ACUÑA:

Y derrotado, digo... ¿quién tomaría el gobierno?

JUANA:

¿Quién crees que merece tomarlo?

ACUÑA:

¡Oh, no, no!... ¡No he dicho quien merezca o no merezca!... Solo quería saber si podrían cambiar muchas cosas gobernando... ustedes, claro. Y, como quien dice, tener seguridades para mi persona... para mis negocios... ¡Juana!... soy hombre de fortuna... ¡digo!... Puedo disponer de alguna cantidad apreciable de dinero para tí y Manuel... y recibir en cambio garantías que...

JUANA:

No se hable de comprar y vender, Abelardo Acuña.

ACUÑA:

¡No, no!... claro... ¡claro que no!... Entonces... debo irme así, como vine, pregunto.

JUANA:

Puedo invitarte con un plato de locro. Aunque no es muy bueno el locro cocinado en el vivac.

ACUÑA:

Sí. Entonces... he viajado inútilmente. Sí. Me voy, Juana. Saluda a tu Manuel en mi nombre. Adiós, Juana. Dios te acompañe siempre, Juana. Adiós. He viajado inútilmente.

(SALE ACUÑA.)

JUANA:

Pero nosotros no estábamos muy seguros sobre eso de quienes tomarían el gobierno. Algunas expediciones llegadas desde Buenos Aires - exceptuando la de Castelli, claro, que había muerto ya en una cárcel porteña, sin que

nosotros conociéramos hasta ese momento la causa de su prisión - algunas expediciones, digo, nos llamaban en los momentos difíciles y nos alejaban cuando se trataba de poner un gobierno revolucionario en alguna ciudad conquistada. ¿Por qué?

(ENTRA MANUEL, QUE TAMBIEN VISTE CHAQUETILLA MILITAR, PERO BOTAS Y PANTALONES CIVILES, ACOMPAÑADO DE UN TENIENTE.)

MANUEL: Un emisario del general Rondeau, Juana.

TENIENTE: Buenas tardes, mi teniente coronel.

JUANA: Bienvenido, teniente. Siéntese, si está cansado como su-
pongo.

TENIENTE: Traigo un parte para el comandante Padilla y debo partir
de inmediato, mi teniente coronel.

MANUEL: Diga, pues.

TENIENTE: Hemos sido derrotados, señor. Nuestra gente huyó ~~en~~
en desorden sin que nadie pudiera evitarlo.

MANUEL: ¿Y otra vez vienen hacia nosotros cuando han sido derro-
tados?

TENIENTE: Cumpló en comunicar el parte del general Rondeau, mi
comandante.

JUANA: ¡Pero demonios que es fácil ser oficial de un ejército!...
Cuando las cosas ~~van~~ van bien... ¡toques de cornetas!...
¡banderas desplegadas!... ¡y vivas a la patria!... Y
cuando salen mal... ponerse duros... "cumpló en comu-
nicar el parte del general Rondeau, mi comandante"...
¡y huir! ¿Me puede mostrar sus manos, teniente?

TENIENTE: ¿Mis manos?... (TITUBEA. FINALMENTE SE QUITA
LOS GUANTES, LAS EXTIENDE Y JUANA LAS MIRA.)

JUANA: ¡Mire las mñas!... ~~¡Mire las mñas!...~~
¿Quién tiene manos más de niñas? ¿Tú o yo?... ¡No
me digas nada! ¡Hasta puedo tutearte! Eres un mocoso.
Quiero decir, que para defender la tierra, hay que tener
las manos rotas en ella. ¡Y tú te pones guantes, para
que ni las riendas te lastimen! ¡Sí! agradezco que vengas
a pelear con nosotros. Pero así no.

TENIENTE: No entiendo, mi teniente coronel.

JUANA: Quiero decirte que... de aquí a diez años, por un decir,
tú serás general. Y andarás como el general Rondeau...
hablando de ofensivas... operaciones de guerra... con-
tramarchas... y etc. Y lo que debemos hacer aquí es
meter las garras en la tierra y no aflojar.. Díme, teniente,
¿por qué no huímos nosotros?

MANUEL: Juana... acaso no sea el momento de hablar así todavía.
(AL TENIENTE.) ¿Qué necesita el general Rondeau?

TENIENTE: Que mientras llegamos hasta Salta a buscar ayuda, usted
que tantos servicios ha prestado a la santa causa de la
patria, redoble sus esfuerzos para hostilizar al enemigo,
de modo que no pueda seguir nuestra forzosa retirada.
Así dice el parte del general.

MANUEL: Usted tiene buena memoria, ¿verdad, teniente?

TENIENTE: Sí, mi comandante.

MANUEL: Diga al general, que en seis años que llevamos aquí de guerra, empleando nuestros propios recursos, hemos visto nuestros campos cubiertos por cadáveres... y por la gente de 48 pueblos incendiados por el español, que marchan errantes... y ... ¡bueno!... que las cárceles están llenas de mujeres y hombres. ¿Lo entendió?

TENIENTE: Sí, mi comandante.

MANUEL: Dígale, que todos los ejércitos llegados desde Buenos Aires - libre del español desde hace seis años ya - trataron mejor al enemigo, que a nosotros, la gente en guerra. Que ni siquiera nos quieren dar un papel decisivo en la lucha, sino que más bien, nos dejan de lado. Y que sólo al huir, aplastados por los españoles, nos llaman a cuidarles las espaldas. ¿Lo entendió?

TENIENTE: Sí, mi comandante.

MANUEL: Dígale que nosotros, una vez más, olvidaremos esos agravios y seguiremos siendo hermanos en la derrota. O sea que seguiremos atacando al español, para que no pueda llegar más al sur de estas provincias.

JUANA: Pero que de otro modo dicho, la gente se cansa y cambiará! Que todavía es tiempo de remedio. Que si Buenos Aires defiende a la América para los pueblos americanos... ¡bien! Y si no... que Dios guarde al general Rondeau muchos años.

MANUEL: ¿Lo entendió?

TENIENTE: Sí, mi comandante.

JUANA: Y por Dios... no te enojas mucho por lo que dije de tus manos.

(SALE TENIENTE. MANUEL SE SIENTA EN LA MESA Y COMIENZA A ESTUDIAR UN MAPA DE CAMPAÑA.)

MANUEL: Habrá que ir, claro. (SEÑALANDO EL MAPA.) Esta es la ruta del general Rondeau. Entraremos por los valles de aquí abajo y meteremos una cuña entre él y los españoles. ¿Me escuchas, Juana?

JUANA: No. Yo no lo escuchaba. (LAS LUCES DESCENDEN SIN LLEGAR AL APAGON TOTAL SOBRE MANUEL.) Pensaba en Rondeau, llamándonos a su conveniencia. En Abelardo Acuña, para quien la vida era solamente comprar y vender. ¡Y en nosotros!... Dos hijos sepultados en un bosque... las dos hijas menores, asesinados también por la guerra... Y nuestra última hija, escondida y separada de mis pechos y mis besos para que pudiera vivir. Eran cuatro ya los cadáveres más tristes de la guerra para nosotros. Y ahora, las balas y los cañones traerían montado en su destrucción, un quinto cadáver. (PAUSA.) No, Manuel, no te escuchaba.

(LUZ TOTAL. ENTRA GUERRILLERO II.)
XXXXXXXXXX

GUERRILLERO II: ¡Los españoles, mi comandante!... Cruzaron el vado del sur y suben al cerro.

MANUEL: ¡Vamos!... ¡Arriba la gente!... ¡Todos a las armas!...

(SALEN MANUEL Y GUERRILLERO II.)

JUANA: (SACA SU SABLE. LO MIRA.) Sigue.. sigue... Tienes que seguir. (HACIA UN LATERAL.) ¡A caballo mi gente!

(VUELVE MANUEL.)

MANUEL: El ejército español que se aproxima es poderoso, Juana.

JUANA: El acostumbrarse a ser siempre menos fuerte, termina por quitar el miedo, mi comandante.

(ENTRA CORRIENDO GUERRILLERO II.)

GUERRILLERO II: ¡Se abren en formación de batalla, mi comandante!

MANUEL: ¡Abran fuego!... (COMIENZA LA BATALLA. A JUANA.)
¡Atrinchérate con tu gente entre los algarrobales!

JUANA: ¡Comprendido, mi comandante!

(SALEN MANUEL Y GUERRILLERO II. ENTRA GUERRILLERO I.)

GUERRILLERO I: ¡Suben los cerros por millares, doña Juana!

JUANA: ¿Y tienes miedo?

GUERRILLERO I: ¡Es que no damos abasto, pues!

JUANA: ¿Y qué?... ¿Tienes miedo?... ¿Hoy tienes miedo?

GUERRILLERO I: ¡No, doña Juana!

JUANA: ¡A despanzurrar españoles, entonces!

(SALE GUERRILLERO I Y ENTRA MANUEL.)

MANUEL: Hay que romper el cerco y llegar a La Laguna.

JUANA: ¡Se hará!

MANUEL: ¡Conduce tu comando por la cuesta de Oriente!... Cubriré desde aquí tu retirada.

JUANA: ¡Comprendido, mi comandante!

(JUANA VA A SALIR.)

MANUEL: ¡Juana!... (ESTA SE VUELVE APENAS.) Nuestra pequeña hija te necesita, Juana. ¡Cuidate!

JUANA: También yo te necesito, Manuel Asencio. Cuidate.

MANUEL: Adiós, Juana.

JUANA: Adiós, Manuel Asencio... mi comandante. (SALIENDO.)
¡A caballo mi gente!... ¡Camino a La Laguna!... ¡Trote, trote... ¡Trote!...

(SALEN JUANA Y MANUEL. EL FRAGOR DE LA BATALLA AUMENTA. ENTRAN GUERRILLEROS I Y II, TRAYENDO EL CADÁVER DE MANUEL. CESA LA BATALLA. ENTRA JUANA.)

JUANA: Se llamaba Manuel Asencio Padilla... Siempre llevó las botas embarradas... Y murió con su cara morena dando frente a los soldados de la tiranía. Para los que hablan de mi maldad, hoy digo: Muerto, en el suelo, le fué cortada

la cabeza a horizonte del cuello, clavada en una pica y expuesta en una plaza durante seis meses. El campanario de la iglesia fué echado a buelo. Esa era la civilización cristiana que trafa España.

(JUANA HA AVANZADO AL PRSCENIO. APAGON TOTAL EN EL RESTO DE LA ESCENA EXCEPTO FOCO SOBRE JUANA.)

¿Y ahora?... ¿qué sucede ahora que no está mi Padilla?...
¿Por qué se habla de un jefe?... ¿o de otro?... ¿o de otro?... ¿Por qué se dice "separar las guerrillas?...
¿Quienes son los que dicen "ésta es mi tropa y aquella la tuya"... ¡No!... ¿Entonces el enemigo tiene razón?...
¿Somos nada más que bestias lanzada a la rapiza y el robo?...
¿Para qué hemos sacrificado nuestros años, nuestros hijos?
¿Somos un pueblo luchando por el destino de nuestra tierra, o un pequeño grupo de jefecitos diciendo "mando yo por ésto o por aquello"? Entonces el enemigo tiene razón. Si todo es cuestión de sacar un virrey, para reemplazarlo por el primer ambicioso que quiera imitarlo en usos y costumbres, el enemigo tiene razón. Pero entonces los muertos vengrán a pedirnos rendición de cuentas... ¡Vendrán!... ¡Por Dios... estemos unidos!... ¡Esta es la guerra de un pueblo, no de un hombre!...

(APAGON. FOGON EN LOS CERROS. DOS HOMBRES DE PUEBLO.)

HOMBRE III: En una de esas... es mejor esto.

HOMBRE IV: ¿Qué?

HOMBRE III: Llegar... hacer el fuego... comer... Digo, no estar siempre con el oído atento al enemigo que llega o que no llega.

HOMBRE IV: ¿Vivir en paz?

HOMBRE III: Ajá.

HOMBRE IV: Me gusta vivir en paz, sí. Pero no en esta paz, así de repenta. Si la guerra no terminó, cómo vamos a vivir en paz.

HOMBRE III: Come.

HOMBRE IV: Te estoy preguntando.

HOMBRE III: ¿Y hace falta que diga?... Si algún día tomamos los fusiles, fué por algo, ¿no? Cuando uno se acuerda, la rabia se le clava en las entrañas. Come.. Yo prefiero dormir. Perdimos demasiados sueños en esas noches de guerrilla. (SE TIRA A DORMIR ENVOLVIENDOSE EN SU PONCHO.)

HOMBRE IV: ¿Ataste los burros?

HOMBRE III: Ajá.

HOMBRE IV: (ACOMODANDOSE PARA DORMIR.) Y no puedo acostumbarme a tanta tranquilidad...

(SE HA ACOSTADO. ENTRA JUANA AZURDUY. MUESTRA UN PREMATURO ENVEJECIMIENTO. SOLO MISTE EL TRAJE GRIS INICIAL, DESGASTADO, Y UN CHAL NEGRO CON QUE SE CUBRE LOS HOMBROS.)

JUANA: ¡Eh... gente... gente!... (LOS HOMBRES SE INCORPORAN.) ¿Me lleva éste camino para Jujuy?

- HOMBRE III: Así ande toda su vida, mujer, no llegará a Jujuy por acá.
- JUANA: Estoy perdida, sí, lo suponía...
- HOMBRE III: ¿De dónde viene?
- JUANA: De Salta.
- HOMBRE IV: ¿De Salta?... ¿Veinte leguas así, caminando, mujer?
- HOMBRE III: ¿Y a nadie conocías que te prestara un burro o lo vendiera?
- JUANA: A lo mejor porque me conocían ni me vendieron ni me prestaron burro alguno.
- HOMBRE III: Tírate por ahí y duerme. Mañana te llevaremos hasta la quebrada. Y si tus huesos te dan, llegarás a Jujuy algún día.
- (HOMBRE III SE ARROPA EN EL PONCHO PARA SEGUIR DURMIENDO.)
- HOMBRE IV: ¿Ha comido?
- JUANA: ¿comer?... sí. Seguramente he comido. Hoy... ayer..
- (HOMBRE IV SACA DE SU ENVOLTORIO PAN Y SE LO DA.)
- HOMBRE IV: Tome. No es mucho.
- JUANA: Gracias. No siento ganas de comer.
- HOMBRE IV: (LA MIRA FIJAMENTE.) Yo a usted la conozco.
- JUANA: Quizá.
- HOMBRE IV: ¿Usted no solía andar por la gobernación?
- JUANA: Sí.
- HOMBRE IV: ¿Y por el campamento del comandante Guemes?
- JUANA: Ya no existe Guemes.
- HOMBRE IV: ¡Usted es doña Juana Azurduy!
- (HOMBRE III SE INCORPORA DE UN SALTO Y LA EXAMINA.)
- HOMBRE III: ¡Doña Juana, sí!... ¿Es posible que sea usted doña Juana?
- JUANA: Hacen bien. No lo crean. Yo tampoco lo creo.
- HOMBRE IV: ¡Nosotros fuimos guerrilleros del general Guemes, doña Juana!
- HOMBRE III: ¡Y cuando los amigos bien peinados lo asesinaron, nos fuimos a los cerros.
- HOMBRE IV: ¿Por qué mataron a Guemes, doña Juana?
- JUANA: Guemes hablaba de desigualdades... de explotaciones de campesinos... de impuestos enormes... de torturas... ¡Claro!... Ellos dicen que recordar eso es indisponer al pueblo, con los dueños de la tierra... de la vida... Sea. Dormiré aquí esta noche y seguiré mañana.
- HOMBRE III: Tome mi poncho, doña Juana.

JUANA: No tengo frío.

HOMBRE IV: ¡No, maldición, no!... ¡Mañana partiremos los tres para Salta!... ¡El gobierno tendrá que darle a usted burros y dinero, para que vuelvan al Alto Perú!... ¡Tendrá que dárselos, sí!... ¡Claro que sí!...

(LAS LUCES DESCENDEN LENTAMENTE SOBRE SOBRE EL CAMPAMENTO. JUANA VA HACIA PRSCENIO.)

JUANA: Sí. El gobierno de Salta me dió cuatro mulas y cincuenta pesos para mi regreso. ¡Arre, mula, arre!... ¡Trote, trote!... Cuatro mulas y cincuenta pesos... ¡Arre, mula, arre!... Trote, trote... trote..

(SALE JUANA. APAGON TOTAL. LUZ EN EL CUARTO DEL AUDITOR VILLEGAS. ESTÁ CON ABELARDO ACUÑA Y SU HIJO QUE VISTE FLAMANTE UNIFORME DE ALFEREZ.)

¹ VILLEGAS: Sí, sí, sí, hablemos de los problemas que lo traen aquí, señor Acuña.

ACUÑA: De los cuales hay mucho que decir, por cierto, auditor.

² VILLEGAS: Tiempos difíciles, efectivamente, vivimos.

ACUÑA: ¡Dígame, auditor!

³ VILLEGAS: Se ha incitado a lo más bajo de la gente, a que pierda respeto por el hombre, por la propiedad.

ACUÑA: Bueno, un poco por ese asunto estoy acá, señor auditor.

⁴ VILLEGAS: Pero la verdad es más honda, ¿eh?... Fíjense, esos guerrilleros son la cara visible, solamente. ¿Quiénes manejan por detrás esas turbas?... ¡Más!... diría... ¿qué pasará cuando esas turbas triunfen?

ACUÑA: ¿Y usted cree que pueden triunfar, auditor?

⁵ VILLEGAS: ¿La verdad?... Sí, creo;

ACUÑA: ¡Y lo dice así como así!

⁶ VILLEGAS: ¡Temo que no estamos usando la cabeza, señor Acuña! Y que sea ése nuestro mal.

ACUÑA: Usted, en vez de consolarme, me deprime más, señor auditor. Estos son los problemas que quiero tratar con usted. ¿Dice en serio que pueden vencer?

⁷ VILLEGAS: Así lo digo,

ACUÑA: ¿Y qué será de nosotros, entonces?

⁸ VILLEGAS: Eso... ya es más profundo...

ACUÑA: Auditor... he venido a verlo por soluciones.. Concretamente, éste es mi hijo. ¡Véalo!... recién egresado de la escuela militar de España. Le traigo aquí, al virreinato... ¿y éste es el mundo que le voy a ofrecer?... ¡Comprendame, auditor!...

⁹ VILLEGAS: Lo comprendo, Acuña.

ACUÑA: ¡Pero no está diciendo que ellos van a triunfar?... Y yo necesito soluciones!

el mestizo. Cuando creía necesario, aflojaba las riendas. El potro se sentía libre y corría. El noble animal no comprendía que el mestizo lo dejaba correr para cansarlo y dominarlo. ¡Oh... soy muy distraído!... No los he invitado con nada. ¿Gustarán de una copa de anís, seguramente?

ACUÑA:

Señor auditor, San Martín entro en Chile y se apresta para atacar a Lima.

¹² VILLEGAS:

Enhorabuena.

ACUÑA:

Y hay otra noticia. Ha regresado doña Juana.

¹³ VILLEGAS:

(SE DETIENE EN SU TAREA DE SERVIR ANIS.) ¿Ha regresado?... Sí. Estoy es... otra noticia. Si esta mujer vuelve después de tanto tiempo... algo se traerá, sin duda. (PAUSA.) ¿Ha pensado algo, Acuña?

ACUÑA:

La he citado.

¹⁴ VILLEGAS:

¿Aquí?

ACUÑA:

Aquí.

¹⁵ VILLEGAS:

(LUEGO DE PENSARLO.) ¡Hummm!... Puede ser una buena idea. Alférez, ¿desde que usted llegó de España hace dos años, continúa siendo alférez?

ALFEREZ:

¡Alférez, sí, alférez!

¹⁶ VILLEGAS:

Es usted muy joven. Pero puede ser... capitán, digamos. Quiero decir, que en esa reunión con doña Juana, necesitamos algo más que un alférez. ¡Lástima que sea tan joven!... ¡En realidad... necesitaríamos un teniente coronel... o coronel! ¿Le interesaría el grado de capitán, entonces, alférez?

ALFEREZ:

Me interesa, sí, me interesa!

ACUÑA:

¿Pero cómo puede usted ascenderlo sin haber intervenido en ninguna batalla, ni?

¹⁷ VILLEGAS:

Acostúmbrese que somos... eh, ¿cómo podríamos decirlo? Casi gobierno. Además, estamos en paz.

ACUÑA:

¿En paz?

¹⁸ VILLEGAS:

¡Bueno! Usted, yo, su chico, estamos en paz. Y en la paz, la antigüedad en el grado es suficiente virtud para el ascenso. ¿No lo cree usted, capitán?

ALFEREZ:

¡Lo creo, sí, lo creo!

¹⁹ VILLEGAS:

Tiene usted una imaginación despierta, capitán. Nuestra nueva patria abrirá muchas puertas a una capacidad despierta como la suya.

(ENTRA JUANA. SU DESGASTE FISICO CONTRASTA CON EL BUEN ASPECTO DE ACUÑA)

JUANA:

Aquí me tienes, Abelardo Acuña.

ACUÑA:

¡Oh!... ¡Hola, Juana!... Te esperábamos. ¿Conoces al auditor Villegas?

JUANA:

No.

20 VILLEGAS:

Buena señal eso. Indica que los revolucionarios no somos pocos, ya que no nos conocemos todos.

ACUÑA:

¿Y conoces a mi hijo... el capitán?

JUANA:

(VA HACIA ESTE.) ¡Capitán!... Bueno, te tuve en mis brazos. Creciste en todas las dimensiones, mientras yo... como quien dice, me reducía. Aunque, bueno... soy teniente coronel.

21 VILLEGAS:

Un gesto muy simpático el del gobierno de Buenos Aires, doña Juana, nombrarla simbólicamente teniente coronel.

JUANA:

¿Simbólicamente?... Sí, tiene razón. A lo mejor fué... simbólicamente.

ACUÑA:

(A VILLEGAS.) Cité a Juana para que conociera nuestros... puntos de vista sobre la situación que atravesamos.

22 VILLEGAS:

Sí, doña Juana. ¿Quisiera sentarse, por favor?... Vivimos momentos... eh... especiales, ¿verdad? Creo que podemos hablar ya del fin de una etapa histórica y del comienzo de otra nueva.

JUANA:

Explíquese mejor.

23 VILLEGAS:

¡Digo!... Consideremos que España pone fin a su dominación de éstas tierras. Nuestros golpes han terminado por vencerla. Eso sería... el fin de una etapa. ¡De la primera! La segunda... la que hemos comenzado a vivir, prácticamente, es una etapa de características... diría... integracionista. Es decir... estaríamos frente a la necesidad de construir el país, con todo lo que el país tiene de bueno, dejando de lado divergencias... que llamaríamos, de forma!

JUANA:

Señor auditor, usted habla muy bien. Me gusta oírlo. Pero yo soy una mujer de campo. Me conoces, Acuña. Y no entiendo las cosas muy complicadas. Auditor, el ejército español, sus agentes y admiradores, ocupan aún éstas tierras. Yo lo veo así. Y hay que seguir golpeándolos. Facilítenme los medios para reorganizarme.

24 VILLEGAS:

¿Ve?... Su mentalidad, por así decirlo, está en la faz histórica anterior. ¿No le parece que ha llegado el momento de mostrar al mundo que somos algo más que pueblos alzados?

JUANA:

¿Y qué tiene de malo un pueblo alzado, para que necesitemos mostrar que somos otra cosa?

25 VILLEGAS:

Que un pueblo jamás puede ganarse la admiración y el apoyo de las demás naciones, mientras gente desorbitada fusile y deguelle.

JUANA:

¿Mientras nosotros fusilemos y degollemos?

26 VILLEGAS:

¡Eso!

JUANA:

Sí, claro. ¿Y esas naciones extranjeras, digo... y esas naciones extranjeras, estaban disgustadas con la tiranía, cuando la tiranía cometía todas las barbaridades que cometía?

27 VILLEGAS:

Bueno... España habrá tenido debilidades, sí. Pero también sumó grandezas. Y vayan unas por otras, doña Juana.

JUANA:

!Porque fusilar, fusilaba!... !Y degollar, degollaba!... Y nadie dijo, pienso, "señores de España, perderán nuestra admiración y apoyo". Nadie dijo eso.

28 VILLEGAS:

Dice usted muy bien, doña Juana.. Así fué.

JUANA:

Pienso, entonces, que no eran antes indiferentes. Sino cómplices. Señor auditor, entiéndame, yo quiero por sobre todo, que esto cambie. Diga usted qué propone y veamos cada uno su negocio.

29 VILLEGAS:

Dice usted muy bien, doña Juana. Pero yo no propongo nada. Diré... lo que pienso. En estos momentos necesitamos mostrar que poseemos una fuerza adulta... madura... orgánica... coherente, en dos aspectos. En el primero - el más urgente - eh... voy al ejemplo... Veo en éste joven capitán una expresión de madurez. Educado en las academias militares españolas, rompe con España y se propone dirigir la revolución.

JUANA:

!Dirigir!

30 VILLEGAS:

Bueno... intervenir.

JUANA:

Nuestra guerra está demasiado llena de mugre. Y de moscas, ¿no es cierto?

31 VILLEGAS:

Eso estamos tratando de cambiar, doña Juana.

JUANA:

Además... es malo acostumbrarse a un patrón que pague más o menos bien. (AL ALFEREZ) Y ustedes, los de chaquetilla ceñida, se han acostumbrado demasiado a eso. Nunca se acercó a mi guerrilla uno como tú. Y fueron más de diez años, ¿me oyes? Más de diez años.

32 VILLEGAS:

Lo está haciendo ahora, doña Juana. Y usted parece rechazarlo.

ACUÑA:

Tienes que entenderlo, Juana. Si tú, en cierto modo, luchabas contra mis intereses, ¿cómo iba mi hijo a luchar por ti?

JUANA:

¡Y es lo que no entiendo!... Durante toda la tiranía te ocupaste en comerciar y ganar dinero... Y ahora, de pronto, quieres salir a los cerros con este bien vestido. ¡Está bien!... Hágase la paz en los espíritus. No quiero insultar, ni gritar, ni rechazar...

33 VILLEGAS:

Decía usted que nuestra guerra está llena de suciedad, doña Juana. Precisamente tendemos a dejar de ser una fuerza de montoneros, para transformarnos en un ejército ~~xx~~ uniformado en ropaje y disciplina. Doña Juana, organizar un gobierno no es tan fácil como tomar un fusil.

JUANA:

Tomar un fusil no debe ser tan fácil, ya que tantos evitan hacerlo.

34 VILLEGAS:

Digo... hay que legislar... saber... comprar.. Comprender los intereses y las intenciones de todos los sectores. ¡En fin!... gobernar para un pueblo.

JUANA:

¡Como España!... Gobernaba para un pueblo. Al pueblo... a los mineros... a los alfareros... a los campesinos, digo... leyes represivas. A los terratenientes, a los dueños de minas y altos funcionarios... medios para ganar mucho y fácilmente.

ACUNA: ¡No se ha dicho eso!

JUANA: Señor auditor Villegas, usted es inteligente, pero no muy inteligente. Usted quiere cambiar al gobierno de España, por un gobierno similar al de España. A eso llama adulterio.

36 VILLEGAS: No precisamente.

JUANA: Y eso significaría, entonces, que nuestra guerra ha empezada aquel 25 de mayo, no habría terminado. (VA HACIA ACUÑA) Te lo dije una vez. La vida trazó una raya entre tú y yo. Aún seguimos en campos opuestos, aunque tú trates de demostrar lo contrario.

37 VILLEGAS: Doña Juana... usted no comprende mis inquietudes jurídicas que...

JUANA: (LO CORTA) Hicimos la revolución para conquistar la tierra... para terminar con el hambre... la violencia... y la persecución. Eran cosas concretas como este piso, como este techo, como estas paredes. Nadie dijo "tomo un fusil por inquietudes jurídicas"...

38 VILLEGAS: Quiero decir, que hay normas demasiado establecidas... demasiado probadas en su bondad, para cambiarlas, doña Juana.

JUANA: ¡Y habrá que cambiarlas!

39 VILLEGAS: ¡Pero es que un gobierno justo debe conciliar los intereses de todos los sectores!

JUANA: ¿Conciliar?... Sí, es cierto. Yo quiero una humanidad conciliada. Pero no en la conciliación a que usted se refiere. Usted quiere conciliar los grandes campos de Abelardo Acuña con las privaciones de la gente del pueblo. A eso le llama "orden jurídico para gobernar". ¡Je!, tendría que reirme.

ACUÑA: Te noto muy cansada, Juana.

JUANA: Sí, lo estoy.

ACUÑA: Y podría decir... desalentada.

JUANA: A lo mejor... desalentada. Pero no tanto como tú crees. En estos últimos años hemos perdido los mejores jefes. Los que no hablaban bien... pero ejecutaban ~~xxxxx~~ las cosas más justas. ¡Basta! Sigán ustedes el camino que más les convenga.

(SALE JUANA LENTAMENTE.)

40 VILLEGAS: ¡Capitán... tenga usted su primera orden de guerra! Que Juana Azurduy no tome contacto con sus guerrilleros!

ALFEREZ: Que no tome contacto con los guerrilleros. Comprendido, señor.

(SALUDA MILITARMENTE. SALE. APAGON. EN PROSCENIO APARECE JUANA.)

JUANA: ¡Dios!... Debes ser muy malo... porque siempre proteges a los malos... ¿Qué has hecho de mis años de guerra, Dios?... ¿De mis muertos?... Mis ropas están destrozadas... mis manos viejas... mis fusiles inservibles casi, de tanto tirar... Y ahora cambias a éste drama por una comedia de gente bien vestida

que "habla de orden jurídico"... (LA LUZ ASCIENDE SOBRE UNA POBRISIMA HABITACION EN LA QUE SE EN CUENTRA INDALECIO. JUANA CAMINA POR ELLA.)
¡Dios!... ¡Mira nuestra América!... ¡Mira nuestros niños desnudos y hambrientos!... ¡Mira nuestros hombres sin un trozo de tierra para su maiz!... ¡Dios!... ¡Tú nos has visto luchar contra la tiranía!... ¡Nos has visto!... Y ahora... y ahora de pronto cantan que España es un león rendido a nuestros pies. ¿A los pies de quien está rendido el elón?... ¿A los pies de mis muertos?... ¿A los pies roñosos de mis gauchos que corrieron por años?... ¿A los pies de mis pueblos incendiados... ¿A los pies de quiénes se rindió el elón?... A los pies de quienes lo vencieron... o a los pies de quienes le sucedieron?... (VA HACIA LA MESA. SE SIENTA. INDALECIO QUEDA JUNTO A ELLA.) ¡No!... ¡Te equivocas, Dios, si crees que somos tan débiles o estúpidos!... ¿Quieres oirme, Dios?... Esta guerra no terminó... ¡Te lo digo yo, maldición!... ¡Yo!...

(VA DEJANDOSE CAER SOBRE LA MESA, MIENTRAS INDALECIO LA SOSTIENE, MUERTA.)

INDALECIO: ¡La guerra no terminó!... ¡La guerra no terminó, mi teniente coronel!... ¡No!... ¡No!...

TELON